



¿Es éste mi  
marido?

Corín  
Tellado

## Índice

[Portada](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Créditos](#)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

## CAPITULO PRIMERO

—Maril, ya sé que son siete años de relaciones, que no dejó de escribirte un solo mes, que le amas, que eres fiel a ese amor, pero...

—Ya me has expuesto los peros, tío Pedro. Te lo agradezco; no obstante, me voy a casar.

—Yo creo, Maril...

La gentil muchacha se volvió hacia su tía Esther, esposa de Pedro, dos seres ambos que habían sido padres para ella desde que a los catorce perdió a los suyos. Los amaba, pero más amaba a su novio, y pensaba casarse con él al día siguiente.

—Tía Esther, ya me has dado toda clase de consejos. Vienes haciéndolo desde que Julio decidió que nos casáramos por poderes...

—Todos te aconsejamos, incluso los padres de Julio y su hermana. ¡Es tan lejos el Canadá!

—Pero él me espera allí, e iré siendo ya su esposa.

—Hace siete años que no le ves. Un hombre cambia mucho en este tiempo. Los contempló inquietante.

—Julio será el de siempre. Las cartas así me lo demuestran.

—Uno —opinó Pedro Casanova— se habitúa a un estilo de cartas y no varía en años, aunque él, en sí, haya cambiado.

—Yo le amo, tío Pedro.

—Sí, chiquita. Ya lo sé. Por amarlo demasiado te arriesgas a lanzarte a una aventura e irte a un lejano país para ti desconocido. Recordarás que cuando Julio decidió marchar, yo opiné que debíais cortar las relaciones. Tú, en aquella época, eras una criatura inexperta. No quisiste faltar a tu novio. ¿Por amor?

—Por amor, tío Pedro —se agitó la joven.

—Está bien, está bien. Tal vez haya sido por amor, pero..., y perdona que ponga peros a todo. Te quiero como a una hija, y ello me disculpa. Has perdido oportunidades durante siete años, y me parece, Maril, que en ti, más que amor es obsesión.

—En modo alguno, tío. Es amor, y la prueba la tienes en que me caso mañana y me voy pasado en el primer avión.

Los esposos cambiaron una agitada mirada.

—¿Estás... decidida?

—Por supuesto, tío Pedro.

El caballero se dejó caer en un sillón y contempló a su sobrina con

expresión vaga. Parecía muy lejos de allí en aquel instante. Indudablemente, pensaba en Julio Torralba, aquel muchacho nervioso, sin personalidad definida, que había conquistado a su sobrina.

—Sería lamentable —dijo, de pronto— que una vez casada y junto a él te dieras cuenta de que el amor que sentiste a los diecisiete años es muy distinto al que te inspira el hombre que vas a encontrar.

—Es el único hombre, y es el mismo.

—Desde luego, pero puede existir alguna diferencia entre éste y aquél.

—Ninguna, tío Pedro. Sobre el particular puedes estar tranquilo. He puesto todo mi corazón y toda mi ilusión en aquel amor. En modo alguno puedo sentirme decepcionada.

—No obstante, reconocerás que Julio poseía aquí su porvenir. Y que ninguna necesidad tenía de irse al Canadá.

—Un porvenir limitado, tío. Recuérdalo. Su padre lo consideraba poco menos que un criado.

—Esas eran figuraciones tuyas y de él. Alberto Torralba jamás haría criados a sus hijos. Sin ir más lejos, ahí tienes a su yerno, el marido de su hija Marina, convertido en encargado de la peletería.

—A Julio nunca le gustó ser dependiente.

—Maril, eres una chica sensata y me extraña que hables así.

—Perdona, es que estoy decidida a casarme mañana e irme con Julio adonde me lleve.

—Pedro —intervino la esposa—. No busques más argumentos. Maril no cambiará.

—Lo sé, lo sé, pero temo que haya tenido yo la culpa, por consentir aquellas relaciones de niños.

—No hubieras logrado nada, tío Pedro —adujo la joven, sonriente—. Julio y yo nos quisimos desde niños, y los obstáculos hubieran aumentado nuestro cariño.

No respondió. La miraba pensativamente. ¡Era tan bonita! ¡Tan delicada! Había cumplido los veinticinco años aquella semana pasada. Era morena y tenía el pelo negro cortado a la moda. Los ojos azules como turquesas, y una boca roja, de exquisito dibujo. Era esbelta, de estatura más bien alta. Fina y culta. Una muchacha digna de un rey, y se la llevaba un simple hombre que jamás había despuntado en nada, pues ni siquiera pudo terminar una carrera.

Se puso en pie y dijo nerviosamente, dirigiéndose a la puerta:

—Voy a jugar una partida al club.

\* \* \*

Tenía delante el tablero de ajedrez, y Alberto movió un peón.

—Hoy estás nervioso, Alberto —dijo Pedro, comiendo la reina a su compañero.

—Diantre, sí; esa boda... Me tiene preocupado.

—¿Qué pensarás que me ocurre a mí?

Alberto lo miró. Era un hombre alto y delgado, de grises cabellos y ojos pensadores, que contaría unos sesenta años.

—Es que si estuviera en tu lugar, no la consentía.

—¿Y me dices tú eso, que eres el padre del novio?

—A los hombres no se les domina, pero a las mujeres se las ordena y obedecen. ¡Qué remedio les queda!

—Te equivocas en lo que respecta a mi sobrina. Dime, ¿por qué no deseas esa boda?

—Por lo mismo que tú. No tengo confianza en Julio.

—Las relaciones empezaron de niños. Ella cree en él. Julio se porta como un novio enamorado.

—Sí, sí, conozco a mi hijo. Indudablemente ama a Maril, pero eso no es bastante. Maril, a los diecisiete años, no podía conocer a los hombres. Se limitó a amar sin preocuparse de estudiar el carácter del hombre amado. Es lógico. Una muchacha ama a un joven a esa edad, sin saber por qué le ama. Y para Maril el amor de hoy significa el de ayer. Pero existe una diferencia. Hoy es una chica inteligente, preparada para la vida, con una psicología razonadora.

—¿Y bien?

Don Alberto tomó asiento, y prosiguió:

—¿No lo comprendes? Maril se enfrenta con la realidad del amor, al conocer al hombre, no al muchacho. No creo que Julio haya cambiado. Es un hombre que desconfía hasta de su sombra. Esa prueba la tienes en que no quiso trabajar conmigo porque creyó que le explotaba. Y soy su padre. No es inteligente, ni comprensivo, ni tolerante. Es, por el contrario, soberbio y quisquilloso. Te aseguro —añadió, suspirando— que la vida para tu sobrina no será nada fácil.

—Recuerda que un hombre puede estar cargado de defectos para todos y lleno de cualidades para la esposa amada.

—Ojalá sea así —dudó, sincero—. Yo no lo creo.

—Si tú, que eres su padre, lo dudas, ¿qué puedo hacer yo?

Alberto alzóse de hombros y puntualizó:

—Prohíbe a Maril que se case con Julio.

Don Pedro frunció el ceño.

—Me da la impresión de que no deseas a mi sobrina por nuera.

Don Alberto emitió una débil sonrisa. Indudablemente, estaba muy preocupado.

—Me conoces, Pedro —dijo, bajo—. Sabes que te aprecio y que admiro a Maril. Es una gran chica, la has educado muy bien, demasiado bien para permitirle trasladarse a Manitoba, un lugar del Canadá de escasas perspectivas, y junto a un hombre que apenas conoce, y aunque haya sostenido con él siete años de relaciones epistolares. Es mi hijo, pero conozco sus defectos, sus múltiples defectos. Cerrado, soberbio, avaro... No, por mil demonios, no soy capaz de admitir que en matrimonio sea feliz al lado de él. Además, ¿qué porvenir puede ofrecerle Julio a una chica como Maril?

—Posee una granja en Manitoba.

—De acuerdo. Una granja en sociedad con otro. Este otro, que vive con él, es un aventurero. Hijo de unos americanos adinerados, que emigró al Canadá sólo por deporte. Le gustó aquello y se asoció con mi hijo. ¿Sabemos, en realidad, lo que se traen esos dos entre manos? Julio dice que su socio posee minas de lignito, que tiene gran influencia en el país, y añade que este año lo asociará a sus negocios particulares. Nada de eso me convence. Conozco a Julio. Es lo bastante ignorante para creer en todas las promesas que le hagan.

—Consultó el reloj—. Ya es tarde. Dejemos así el ajedrez y terminaremos esta tarde.

Ambos se pusieron en pie. Salieron juntos del club y atravesaron, silenciosos, la calle.

—Oye, Pedro. Estoy pensando que tal vez don Daniel pueda disuadir a Maril.

—¿Don Daniel?

—Eso es. Un cura es más persuasivo.

—Creo que todo será inútil, pero lo probaré.

—Vamos hasta la parroquia. Háblale, le hablaremos los dos —rectificó— y que él llame esta tarde a Maril.

—Vamos, pues, si bien no creo que consigamos nada.

Hablaron con don Daniel por espacio de una hora, y cuando atravesaban de nuevo la plaza, don Alberto dijo, preocupado:

—Daría algo porque ese matrimonio no se llevara a efecto. Y pensar que

encima tengo que hacer las veces de marido...

Don Pedro no contestó. Caminaba despacio y llevaba el ceño fruncido.

—Si tú —dijo, de pronto—, que eres padre del novio, hablas así, ¿qué diré yo?

—Mi hija Marina es una muchacha razonadora y comprensiva. Se casó con un hombre que se ajusta a su carácter. Pero Julio nunca se pareció a mi hija, ni a mi esposa, ni a mí. Es como mi padre. Y recuerdo que mi madre jamás fue feliz.

—Si cuento todo eso a Maril, me dirá que ella es capaz de comprender a su marido, aunque sea de carácter difícil.

Se detuvieron ante la casa de Alberto.

—Don Daniel —dijo Pedro— le enviará recado a Maril. No quiero que sepa que tú y yo hemos intervenido en esto.

\* \* \*

—Siéntate, Maril.

—¿No se puede efectuar mañana el matrimonio?

—No, no se trata de eso. Te mandé llamar porque, antes de casarte, hemos de hablar tú y yo. Toma asiento. Supongo que en este instante no tendrías ninguna ocupación.

—Tengo hecho el equipaje, y todo dispuesto para la marcha. Como sabe, el padre de Julio hará las veces de marido en la ceremonia. Mi tío será el padrino y Asunción Torralba la madrina.

—Sí, sí. Todo esto lo sé. No te mandé llamar para hablar de eso.

La joven se sentó y don Daniel lo hizo frente a ella. Metió las manos entre las mangas de su sotana y dijo suavemente:

—He bautizado a Julio, y le di la primera comunión. Igual hice contigo.

—Así es, padre.

—Por tanto, creo conoceros a los dos.

Maril no respondió. Ignoraba por qué el padre le decía aquello. Esperaba. Don Daniel hizo una pausa y prosiguió:

—Me pregunto, Maril, si estás segura de tu cariño.

—Naturalmente, padre.

—Eras una niña cuando empezaste a cortejar.

—Sigo amando a Julio del mismo modo.

—No obstante, te encontrarás con un hombre diferente.

—¿Diferente?...

—Todos lo somos cuando pasa la juventud.

—Para mí, Julio será el mismo.

—¿Y si no lo es?

—Le digo que lo será.

—¡Ah, lo dices tú! Pero la ley de la vida nos demuestra que no es así.

—Padre... ¿Qué quiere de mí?

—Que medites... Hace siete años tú no tenías capacidad para estudiar la psicología de un hombre. Ahora la tienes. Me pregunto qué ocurrirá si llegas a Manitoba confiando en aquel amor, y te encuentras con que todo es distinto. Y me pregunto, asimismo, qué sucederá si al conocer a este hombre de veintisiete años, lo encuentras distinto a aquel otro que amaste.

—Es el mismo.

—Maril, no te obsesiones. Puede que no lo sea. Y yo me imagino que tiene que ser muy duro para ti, sola y sin amigos, en poder de un hombre que no comprendes, que si bien lo has querido mucho, nunca lo estudiaste tal como es.

—Julio es bueno —se sofocó.

—Sí, sí, no lo dudo. Pero recuerdo que no era muy comprensivo.

—Para mí lo era. Y lo es y lo será.

—¿No temer enfrentarte con lo desconocido?

—Le amo.

—Sí, ya sé. Es el argumento que esgrimes desde que, hace tres meses, decidisteis casaros.

—Lo siento así, padre.

—Sí, Maril, lo sientes así porque aún eres la niña de hace siete años, que venías a confesar y me decías: «Padre Daniel, estoy enamorada de Julio».

—Era tan sincera como ahora.

—De acuerdo. Yo te diré, porque lo considero un deber, que Julio tiene allí sus amigos, su vida, su porvenir. Todo es diferente a España, y, después de siete años, Julio será más canadiense que español, y eso podrá decepcionarte.

Maril se puso en pie. Muy serenamente, adujo:

—Si es que pretende disuadirme, padre...

—Pretendo hacerte ver la verdad. Es duro vivir con un hombre que no se ama.

—Yo le amo —saltó, impulsiva.

—Sí, lo amabas. Pero, repito, este hombre es diferente. Tiene que serlo.

—Para mí será el mismo.

El padre Daniel se puso también en pie e hizo una pregunta indirecta:

—¿No hay forma, Maril, de atrasar la boda unos meses? Durante ese

tiempo tú meditarías.

—No, padre. Me caso mañana.

—Bien. Ojalá no te pese.

Don Daniel habló por teléfono con Alberto, luego con Pedro.

La boda quedó concertada para el día siguiente a las nueve de la mañana, y en el momento fijado, Maril Casanova se casó con Julio Torralba.

## II

Hacía un frío espantoso. Los campos estaban nevados y en la granja los obreros se refugiaban bajo los cobertizos, puliendo herramientas, que utilizarían una vez descendiera la nieve.

Max Howad salió del porche con la pipa en la boca. El frío no parecía molestarle en absoluto. Vestía pantalón de pana, altas polainas y camisa a cuadros arremangada hasta el codo.

Oteó la lejanía y frunció el ceño. Mal tiempo para toda la semana. Tendría que usar los esquís para bajar hasta las minas y tal vez encontrar todo el trabajo paralizado. Era una verdadera contrariedad. Y para colmo de males, Julio Torralba, su socio, se había ido de caza la semana pasada y la nieve le había cercado en el refugio de la montaña.

—Señor Howad —dijo un criado, apareciendo ante él—, lo llaman por teléfono.

Se volvió con lentitud.

—¿Quién?

—De la estafeta de Correos de Winnipeg.

—Que extraño —gruñó—. No creo que mis padres hayan descubierto mi refugio. Bien, allá voy.

Tomó el receptor y preguntó con su brusquedad habitual :

—¿Qué pasa? Al habla Max Howad.

—Oiga, Max, tenemos aquí un cable que depositó Telégrafos ayer noche. Viene de España, dirigido a nombre de su socio, Julio Torralba.

—Está bien, Kint. Léelo, por favor. Mi socio se fue de caza la semana pasada, y la nieve lo acorraló en el refugio. Eso, suponiendo —gruñó— que esté vivo.

—¿Y no puede usted averiguarlo, Max? —preguntó el jefe de Correos, con impaciencia.

—¿Averiguar qué?

—Si su socio está en el refugio.

Max soltó una de sus risotadas espasmódicas que tanto fastidiaban a sus amigos.

—Supongo que no habrá muerto —dijo, jocosamente—. No es la primera vez que la nieve le impide el paso a la granja. Léame el cable o envíelo.

—No puedo enviarlo. No es nada fácil. Los senderos están cortados.

—Le aseguro —se enojó Max— que si tuviera que ir a Winnipeg, lo haría.

—¡Oh, claro! Tiene usted *jeeps* muy bien equipados, pero nosotros no

somos potentados. Disponemos de una bicicleta y una moto para hacer los recorridos, y le aseguro que no somos suicidas.

—Acabemos, Kint. Léame ese cable y en paz.

—Allá va, preste atención. «Llegaré avión mediodía, día 15. Besos. Maril».

—¡Diantre! —exclamó Max.

—¿Lo entendió?

—Claro que sí. Mi socio se ha casado por poder, esa Maril debe ser su flamante esposa. Indudablemente —añadió—, hay hombres locos.

—¿Por casarse?

—Por hacerlo, en estas circunstancias y marcharse de caza tranquilamente en vísperas de recibir a la mujer. Está bien, Kint, muchas gracias.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Hacer de qué?

—Con la esposa de su amigo.

—No lo sé. Hasta la vista, Kint. Y tome mucha agua ardiendo.

—¡Váyase al diablo!

Max soltó la risa que parecía un trueno y colgó el receptor.

Con el ceño fruncido, atravesó la casa y se refugió en el despacho. Llamó a su administrador. Este acudió. Era un hombre entrado en años, de rostro inexpresivo y ojos ratoniles.

—Oiga, Sam. ¿Dónde cree usted que podré encontrar a Torralba?

—Indudablemente, en el refugio.

—Pero no hay nadie capaz de llegar hasta allí, por muy buen esquiador que sea.

—Desde luego, señor Howad.

Max se hallaba sentado en el brazo de un sillón, y de vez en cuando llevaba la pipa a la boca y expelía humo por la boca y nariz.

Era un hombre alto, fuerte, impresionante. No tenía porte elegante, sino más bien de bruto. Pero era un bruto que gustaba a las mujeres, y Max, hombre sin demasiados escrúpulos, sentía una condenada debilidad por el sexo débil. Era rubio y tenía los ojos pardos, la tez morena y curtida y la boca relajada como si estuviera besando a una mujer continuamente.

En aquel instante aplastó la mano en la barbilla y exclamó:

—Ese memo quedará rodeado de nieve toda la semana, y yo aquí sin saber qué hacer. —Alzó los ojos y los fijó en el impassible rostro de Sam—. Oiga, Sam. ¿Usted ya sabe que el español se ha casado?

—Sé que pensaba hacerlo, señor.

—Pues ya lo hizo. Y hoy es día quince y está llegando el mediodía, y el avión toma tierra en Winnipeg a las dos en punto. Y yo estoy aquí.

Sam no le había entendido gran cosa. Esperó. Max gritó, enfadado:

—¿Qué demonios hago yo? ¿Qué haría usted en mi lugar, Sam?

—No sé a lo que se refiere, señor.

—¡Ah! Es verdad. La mujer de Torralba llega hoy en el avión de este mediodía. Se encontrará sola en el aeródromo, y yo no puedo buscar a su esposo.

—Vaya usted, señor.

—Si no la conozco.

—Le será fácil. Dicen que las españolas tienen un sello característico, y usted es experto en mujeres.

—Si cree que me halaga, Sam —gruñó, impaciente—, se equivoca. Conozco a las mujeres, pero no sé distinguir una española de una francesa.

—Julio me enseñó la foto.

—¡Ah, ah! —rió—. Eso es mejor. ¿Cómo es?

—Es morena, señor. Y tiene los ojos claros, de expresión melancólica. —Alzó las manos y formó unas sinuosidades sin gran acierto—. Buenas formas, señor. Bonita mujer.

—¡Je! ¿Joven?

—Mucho, señor.

—Está bien —se tiró del brazo del sillón y golpeó la pipa bajo el pie—. Di que me preparen el *jeep*.

\* \* \*

Maril, fina y bonita, vestía un abrigo de grueso paño de corte inglés. Calzaba altos zapatos y cubría el negro cabello con un gorrito de fieltro negro.

Descendió por la pasarela y buscó ávidamente a Julio. Había muchas personas al otro lado de la verja, pero su marido no se hallaba entre ellas. El corazón empezó a saltarle, estremecido. No tenía a quién preguntar. Hacía frío, los campos lucían blancos, cubiertos de espesa nieve.

Maril tuvo miedo por primera vez. Un miedo extraño, que le empezó en los pies y se apretó en su boca como un gemido.

No hizo comentarios en el avión. A su lado había venido sentada una dama que no cesó de leer en todo momento. Claro que aunque no leyera, ella no le hubiera dado conversación. Tenía bastante en qué pensar, y había venido pensando. ¡Julio! ¡Siete años sin verlo! Eran demasiados años.

Siguió a los demás pasajeros hasta la Aduana. Allí abrieron su maleta. Y le dieron paso. Salió al exterior con unos tremendos deseos de llorar. Ella no lloraba fácilmente, pero aquella mañana en que se reunía con su esposo, el único hombre que amó, en una ciudad hostil y entre montañas de nieve, se sentía menguada.

De pronto, alguien dijo tras ella:

—¿Será usted, por casualidad, la esposa de Julio Torralba?

Se volvió en redondo. Sus azules y bonitos ojos se clavaron con ansiedad en el cetrino rostro del desconocido.

—Sí —susurró, temblorosa—. Sí, soy yo.

—¡Ah!

La miraba. Maril sintió algo parecido al vértigo bajo el poder de aquella honda mirada que con descaro la recorría de pies a cabeza, como si la desnudara.

—¿Mi... —tartamudeó ella— mi esposo...?

—¡Oh, es verdad! Venga. Tengo el *jeep* al otro lado de la valla. La dejaré en él y me haré cargo de su equipaje.

Maril no se movió.

—¿Mi... esposo?

—Soy su socio. Tal vez Julio le haya hablado de mí.

—¿Max?

—Eso es. En cierto modo, ya somos algo camaradas. Vamos —la tomó del brazo—. No podemos quedar estacionados aquí. Impedimos el paso. Sígame, por favor.

Lo siguió mudamente. Por el retrato que Julio le había hecho de Max, indudablemente era aquél.

Llegaron junto al *jeep*, por cuyas ruedas, equipadas con cadenas, parecía dispuesto a atravesar todas las montañas.

—Siéntese aquí. Y déme el talón de su equipaje.

Ella obedeció.

—Estaré de vuelta dentro de un instante. Tápese bien. Hace un frío endemoniado.

Lo vio alejarse. Suspiró. ¿Dónde estaría Julio? ¿Y por qué enviaba a su socio a buscarla, pudiendo ir él? Se sintió inquieta. Arrebujada en el abrigo, con las manos metidas en las mangas, contempló el panorama. La nieve parecía recién caída. Cubría todos los campos. El avión que había tomado tierra minutos antes, empezaba a cubrirse de nieve. Lo ponían en marcha y

rodaba hacia el hangar.

La alta y corpulenta figura de Max se perdía tras una puerta que parecía un almacén. Era un hombre fuerte, de mirada brusca. Vestía pantalón de pana, altas polainas y zamarra de cuero. Lo vio aproximarse de nuevo, seguido de un negro cargado con sus dos maletas descomunales. Ambos rodearon el *jeep* y depositaron el equipaje en la parte de atrás. Max cerró las puertas con seco golpe y despidió al mozo, dándole una propina y propinándole una palmada en la espalda.

Howad se sentó ante el volante. Agitó la mano y puso el vehículo en marcha.

—Llegaremos al atardecer —dijo—. Encenderé la calefacción para quitarle algo de frío. —Y con brevedad—: Buscó usted mal tiempo para viajar.

\* \* \*

Hubo un silencio. El *jeep* rodaba torpemente por la nieve. A veces se balanceaba, y Max tenía que apretar el volante fuertemente con las manos.

Ella preguntó de pronto:

—¿Y... Julio?

—Le gusta la caza —replicó, al tiempo de meter la negra pipa en la boca—. Le gusta tanto, que no se asusta al escuchar el parte meteorológico, y se va a las montañas con la escopeta al hombro y seguido de sus perros. A veces está tres semanas sin volver.

—Quiere usted decir que... se fue de caza en esta ocasión...

—Eso es —la miró, cegador. Ella bajó los ojos, ruborizada hasta la raíz del cabello—. No me explico cómo ha ido, sabiendo que llegaba usted. No es mujer que se espere con las manos en los bolsillos.

No respondió. Se sentía menguada. Pensó en don Daniel, en sus tíos... En los consejos recibidos de todos, que no sirvieron de nada.

—¿Sabía... que yo llegaba hoy? —preguntó, con un hilo de voz.

Max se apiadó. Pensó que Julio era más memo de lo que él pensó durante el transcurso de aquellos años vividos en común.

—Se fue la semana pasada —gruñó—. Y lo pilló la nieve en la montaña.

Ella se estremeció.

—¿Cree usted que... le sucederá algo?

—No lo creo. Es un buen cazador y conoce el terreno y además posee dos perros extraordinarios. Estará en el refugio.

—¿Solo?

—Con los perros —rió cínicamente el dueño de las minas de lignito—. No tema usted.

—¿La... nieve tarda mucho en desleírse?

—Depende del tiempo. A veces pasan dos meses, a veces uno; otras, unos pocos días.

—¿Y... —titubeó— no podré verlo en todo ese tiempo?

Max esbozó una risita y mordisqueó la pipa con saña. ¿Supondría mucho? Muy poco. Julio no era un hombre indicado para aquella monada de criatura. No se explicaba el fenómeno. Que Julio se casara con una simple mujer lo creía normal, pero con aquella hermosa muchacha de bonito y frágil cuerpo, de ojos bellos y boca...

Por un instante, Max deseó besarla. Le ocurría con frecuencia. A veces trataba a una mujer meses enteros y no deseaba besarla y no la besaba, y en otras ocasiones le entraba un cosquilleo extraño por el cuerpo al ver a una mujer, y deseaba besarla, y lo hacía en la primera ocasión. No era Max de los hombres que doblegaban sus deseos.

Apartó la mirada y la clavó, obstinado, en la llanura.

—Esperemos. —dijo— que la nieve permita regresar a su esposo.

—¿Cómo... está?

La miró, breve. Una sardónica sonrisa curvó el cuadro lujurioso de su boca. Maril sintió cierto malestar que no supo a qué atribuir.

—¿Julio?

—Sí.

—¡Oh, bien! Muy bien.

Y se mordió los labios para no añadir:

«Es más imbécil que nunca. Claro que yo ya le conocí imbécil.»

En voz alta, se limitó a decir:

—Eche la cabeza hacia atrás. Envuélvase en esa manta y trate de dormir. Estará usted cansada.

—Mucho.

—Pues duerma. La llamaré cuando hayamos llegado.

—No podré cerrar un ojo.

—Tal vez no coja el sueño. Es normal en estos casos, pero cierre los ojos y eso la descansará.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—Hasta el atardecer. Suponiendo que no nos coja una tormenta.

—¿Y si nos coge?

El se alzó de hombros.

—Tendremos que buscar refugio en el primer paraje propicio para ello.  
Pero tranquilícese. Posiblemente no haya novedad.

### III

Dos horas después, y a mitad de camino, empezó a nevar intensamente.

Max frunció el ceño. No temía por sí mismo. Conocía aquellos parajes como sus propios dedos, pero temía por ella. Pasar la noche en un refugio de los que para tales efectos había esparcidos por la línea de recorrido le parecía cruel, y si seguía nevando, no tendrían más remedio que detener el *jeep*, coger cuatro de aquellos cobertores e invitarla a bajar.

Mordía la pipa con saña y para sí maldecía a Julio, que, en vísperas de boda, se había ido de caza como un hombre sin responsabilidades.

El nunca se había casado ni pensaba hacerlo. Pero si algún día cambiaba de parecer y se casaba, se entregaría por entero a la mujer elegida, y por mil demonios que no la apartaría de sí ni un instante.

Apenas si veía el camino. La noche se venía encima, y a ambos lados de aquella carretera, materialmente cubierta de nieve, amenazaban dos precipicios y continuaba así hasta el kilómetro antes de llegar a la granja. No era, pues, nada fácil hacer aquel recorrido con la ventisca que caía sobre los senderos y el *jeep*. Con la boca apretada, la pipa metida entre los dientes y la mirada aguda, Max luchaba con la nieve y sus pensamientos. De pronto, comprendió que continuar rodando hubiera sido suicida, y él, la verdad, no tenía deseo alguno de morir. Oteó la llanura y vio una luz a pocos metros.

—Lo siento, señora —dijo, de pronto, conduciendo el *jeep* por un estrecho sendero desviado de la carretera—. No tenemos más remedio que detenernos por aquí.

Maril abrió los ojos y se estremeció.

—¿Hemos llegado?

—No, no, tendremos que pasar aquí la noche.

—¿Cómo?

—Aquí.

Y con el dedo extendido señalaba la tenue luz de un refugio casi diminuto.

—Guardaré el *jeep* bajo el cobertizo y nosotros haremos una fogata dentro de la casa. No hay más remedio.

—Pero... —temblaba la pobre Maril—, ¿No hay más remedio?

—No, no lo hay.

—¡Oh!

Max detuvo el *jeep*. No estaba él para oír lamentaciones. Bien le molestaba tener que detenerse en mitad del camino, pero no había otro remedio. Condujo el vehículo hasta el cobertizo y descendió, dando la vuelta

al coche y abriendo la portezuela de ella.

—Baje, haga el favor. Aquí hay leña y mantas. Trataremos de pasar la noche lo mejor posible.

Maril no se atrevió a rechistar. Descendió, temblando, y él la tomó del brazo.

—Por aquí —dijo.

Y la condujo hasta el interior del diminuto refugio.

Se componía de una casa hecha de piedra y cubierta de teja. Había un banco, una luz, un caballete para el fuego y una silla baja, además de un camastro de paja.

—Quédese ahí. Yo iré al *jeep* a buscar mantas.

—Pero... —se le quebraba la voz—. ¿Hemos de pasar aquí la noche?

—Desde luego, a menos que prefiera despeñarse por un barranco.

—Dijo usted... que conocía este terreno.

—Y lo conozco —se impacientó Max—. Pero no soy un lince. Y no veo de noche. Precisamente por conocerlo tanto, me detengo aquí. —y con vaguedad—: No tenga miedo. Soy amigo de su esposo.

Salió, dejándola desconcertada. Maril apretó las sienes con las dos manos. Tenía unos horribles deseos de llorar, pero no lo haría. Ella lloraba pocas veces, y en presencia de un desconocido no sucumbiría aunque se sintiera morir.

Retrocedió sobre sus pasos y se dejó caer en el banco de madera.

Al instante regresó Max, cargado de mantas y con una mochila colgada al cuello.

—Haré café. Eso la reconfortará.

\* \* \*

Maril no respondió. ¡Se sentía tan dolorida!

Muy quieta, sentada en el banco, fue viendo cómo Max encendía el fuego, cómo antes de prender la llama se despojaba de la zamarra de cuero y arremangaba las mangas hasta más arriba del codo; cómo llenaba de agua el recipiente y le echaba café. Después se volvió hacia ella y exclamó:

—Lo siento, señora. Lo siento tanto como usted.

Era ruda su voz, pero había verdad en sus ojos al mirarla, y Maril se sintió un poco más reconfortada.

Tenuemente, dijo:

—Usted no tiene la culpa.

—Por mil demonios que no. Por nada del mundo le hubiera buscado esta

situación. Supongo que usted me comprenderá.

—Sí.

—Se lo agradezco.

Desvió de ella la mirada, y arrodillándose ante el fuego, avivó éste.

—Julio es celoso —manifestó, de pronto, sin dejar de avivar el fuego—.

Si usted quiere ocultarle esta situación...

Maril se estremeció.

—Conozco a Julio —dijo, con sequedad—. Yo nunca le oculté nada.

Max se incorporó y la miró de frente. De pie ante ella, con las piernas abiertas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, estuvo por espacio de segundos, contemplando la muda y erguida figura femenina.

—No quise ofenderla, señora. Tengo por costumbre decir todo aquello que pienso. Si usted conoce a Julio, tanto mejor para usted. Yo también lo conozco —y con sarcasmo—. Tal vez mejor que usted misma.

Maril no respondió. Max, sin cambiar de postura, añadió:

—Soy rudo y no empleo un lenguaje pulido para hablar. Lamento sinceramente haberla ofendido.

Ella depuso un tanto su altivez y susurró suavemente :

—Le disculpo.

—Gracias.

Giró en redondo y se inclinó de nuevo ante el fuego.

—Ya hierve esto. ¿No se quita el abrigo? Aquí no hace frío.

—Yo lo tengo.

Max soltó una de sus espasmódicas risotadas. Y al mirarla y observar el mal efecto que su risa había provocado en ella, se disculpó tranquilamente:

—Lo siento. Discúlpeme de nuevo. Soy muy bruto.

—No... no tiene importancia.

—¿Le sirvo una taza de café? Ello la reconfortará.

—Gracias. Se... se lo agradezco.

—No use cumplidos. No merece la pena —y buscando unos vasos y una botella en la mochila, añadió—: Mire usted, hace diez años yo era un muchacho exquisito, de la mejor sociedad bostoniana, pero un día me cansé de oír sermones a mi padre, de las lamentaciones de mi madre y de las finezas de mis hermanas, que se habían ido casando con potentados —le sirvió café y se aproximó a ella con los vasos llenos—. Y me vine al Canadá. A este refugio, en el cual uno puede ser como le dé la gana. Y me formé de nuevo. No soy, pues ningún dechado de perfecciones; pero soy un hombre que da a las cosas

su nombre apropiado. Tome —pidió sin transición—, tome esto. Le echaré unas gotas de coñac.

Maril cogió el vaso con mano temblorosa y lo llevó a los labios.

Max, con el vaso entre los firmes dedos y la botella bajo el brazo, se sentó en el suelo y metió el frasco entre las piernas.

—Uno se habitúa a todo —y riendo, añadió—: Julio sigue siendo un muchacho fino. Yo no sabría volver a serlo. Por eso no regreso a Boston.

—¿No piensa volver con su familia? —preguntó ella por decir algo.

—No, diantre. Ellos son felices. Allá ellos. Mis hermanas tienen una legión de críos y dos niñeras para cada uno. Yo no entiendo esa vida. Uno se casa para estar con su mujer, y ellos se casan para llenar la casa de niñeras, señorita de compañía, doncellas y chóferes.

—La vida es así.

—¿Cómo es? —y la miraba, interrogador.

Maril volvió a sentir, bajo el poder de aquella mirada, un extraño vértigo. Desvió la suya y dijo tenuemente :

—Cada uno la entiende a su manera. Usted es feliz así.

—Y tanto que lo soy. Y no envidio a mis hermanas, ni a mis padres, que cada vez que tienen que trasladarse de la casa al club, llaman al chófer por el teléfono interior. No, diablo, yo, si me casara, cosa que no pienso hacer, tendría a mi esposa en los brazos constantemente. Y la haría perder el sentido y yo lo perdería a su lado. Y una vez recuperado, se lo haría perder de nuevo.

Hablaba tan sincero y tan apasionado, que no se dio cuenta del rubor que cubría las mejillas femeninas. Cuando la miró y la vio tan aturdida, frenó su ímpetu y exclamó:

—¡Oh, discúlpeme usted otra vez! Yo soy así.

Desvió la mirada. Destapó la botella, limpió el gollete con la palma de la mano y lo llevó a la boca. Clo, clo, hacía el coñac en su garganta. Maril desvió los ojos. ¿Y si se emborrachara aquel hombre?

\* \* \*

No era fácil que un tipo tan fuerte como Max Howad se emborrachara. Se bebió media botella y se quedó tan fresco, recortado sobre la silla y con la pipa entre los dientes. Tenía los ojos entornados y miraba los menudos pies de Maril, posados cerca de sí.

—Son bonitos —dijo de pronto—. Siempre me gustaron los pies pequeños. Las mujeres —rió, cachazudo— han de tener cosas pequeñas. Los pies, las orejas... ¿Cómo tiene usted las orejas?

—Señor Howad...

—Diablo, diablo... ¡qué pronto me olvidó de que es usted la esposa de mi amigo!

—¿No... podemos continuar?

—No lo creo. No tema, diantre, hablo mucho, pero no hago daño. —De súbito se puso en pie y quedó ante ella con las piernas abiertas y el pecho alzado—. Señora, es usted muy hermosa.

—Señor Howad...

—Muy hermosa —añadió ponderativo, haciendo caso omiso de la frialdad de ella—. Nunca fui capaz de callar una verdad así a una mujer, aunque ésta fuera mi hermana.

—¿Debo... —se ahogaba— debo... responderle?

—No, claro. No se moleste. ¿Y sabe lo que le digo, señora? Me gustaría que no fuera usted la esposa de mi amigo. Claro que tampoco esto me importa gran cosa. Acostumbro a echar a un lado estos obstáculos.

Maril se puso en pie de un salto y dijo ásperamente:

—Es usted un grosero.

—Claro que no. Soy un hombre sincero —y riendo, añadió—: Puede echarse ahí, sobre la paja y dormir tranquilamente. Le aseguro que si la deseara a usted, se lo diría despierta, no esperaría a verla dormida. No soy un cazador furtivo. Cuando decido hacer mía una pieza, disparo a pleno día.

—No siempre dará usted en el blanco —replicó ella, mordaz.

—Me gusta usted. Se asusta indudablemente, pues no sabe disimular. Es una virtud que no tienen todas las mujeres. Me gusta, sí, y sentiría que Julio no se rompiera la crisma por esos matorrales. Le haría el amor.

—No me conseguiría usted.

Max se estaba divirtiendo. ¿Que ella se lo contaría a su esposo y Julio se pelearía? También eso le divertía. Hacía mucho tiempo que deseaba romperle las narices al español.

—Se equivoca —dijo, muy convencido—. La conquistaría y me amaría usted como jamás soñó amar a un hombre. —Alzóse de hombros y se dirigió a la puerta. Ya en ella la miró como si la desnudara y agregó—: Temo que le haga el amor, aunque Julio no se rompa la crisma. No me parece hombre capaz de saber velar por la bonita muchacha que le tocó en suerte. Duerma —añadió—. Yo voy a ver cómo sigue la noche.

Maril, al quedar sola, ocultó las manos sobre el pecho. Temblaba toda. ¿Qué ocurriría si aquel bruto le daba por molestarla de hechos y no de

palabra, como lo estaba haciendo?

Se estremeció.

Max regresó casi instantáneamente y se derrumbó sobre la paja.

—No proseguiremos viaje hasta el amanecer. Yo voy a dormir. Buenas noches, señora.

No contestó. El hombre roncaba minutos después, y ella, temblando de frío, pasó la noche sentada en el banco.

#### IV

Maril no pudo más y sus ojos se cerraron con un pesado sueño. Con la cabeza apoyada en la desnuda pared, permaneció más de dos horas.

Howad la contempló en silencio, de pie ante ella, con las piernas abiertas, mientras se ponía la zamarra. Una indefinible sonrisa curvaba el duro dibujo de su boca. ¡La esposa de Julio aquella débil y bonita mujer! Era inconcebible. De pronto apartó los ojos, se inclinó sobre el suelo y se apoderó de la manta que la noche anterior había traído del *jeep*, y con la cual se tapó él, sobre la paja. Con decidido ademán, la tomó cuidadosamente en sus brazos y la llevó hasta el camastro. Maril, dominada por el cansancio y el profundo sueño, no despertó. Max la depositó sobre la paja y la tapó. Luego, en pie, la contempló un instante. Se volvió de espaldas y con decidida celeridad encendió fuego. El pequeño refugio se caldeó de pronto. Hizo café, lo tomó, fumó una pipa y después fue a inspeccionar el *jeep* y las cercanías. El día empezaba a alborear. No nevaba, pero los montones de nieve se apiñaban en los senderos y cubrían hasta la mitad de las ruedas del vehículo. Max se quitó la zamarra, sacó una pala del coche y procedió a quitar la nieve que cubría parte del *jeep*. Empleó en este menester una hora. Y cuando todo estuvo dispuesto para proseguir la marcha, entró de nuevo en la casa y se quedó quieto y contemplativo ante la joven durmiente.

Consultó el reloj. Eran las doce de la mañana y amenazaba nevar intensamente. Era preciso aprovechar la tregua y rodar hasta la granja. El frío era intenso, si bien en el interior de la casa el fuego caldeaba ésta.

Se inclinó hacia la muchacha y la tocó en el hombro. Maril se movió, pero sólo se volvió de lado. Max la tocó de nuevo y esta vez ella abrió los ojos, y al verlo inclinado, se sentó de golpe y con la misma precipitación se puso en pie.

—Buenos días —saludó Max tranquilamente.

—¡Oh!

—¿Ha dormido bien? Son las once de la mañana. Y parece que amenaza nuevamente la ventisca. Siento tener que despertarla, señora.

Hablaba con ironía, y la muchacha puesta en pie, lo miraba fijamente. Con voz ahogada exclamó:

—Yo... me dormí allí.

Y extendió un dedo con tembloroso ademán.

Max emitió una risita. Recogiendo la manta, dijo:

—Se caía usted del banco, y yo me permití la delicadeza de depositarla en

la regia cama. Espero, señora, que haya descansado usted bien.

—Señor Howad...

—No se moleste en darme las gracias —cortó él—. No podemos perder tiempo.. Póngase algo en el pelo y salgamos. Tengo el *jeep* en marcha y la calefacción encendida para que no sienta mucho el cambio de ambiente. Vamos, por favor.

Salió antes que ella, sin esperar respuesta. Maril, con los labios apretados y una muda interrogante en los ojos, atravesó la puerta del refugio y subió al *jeep*. Max, que lo tenía todo preparado, lo puso en marcha y el vehículo rodó lentamente sobre la nieve.

Hubo un largo silencio. Maril, encogida sobre sí misma, en una esquina del auto, con los ojos casi cerrados, y el alma llena de interrogantes. Junto a ella, conduciendo el *jeep* con mano segura, el hombre fumaba la negra pipa y oteaba la llanura.

—Señor Howad... —dijo ella de pronto.

La miró con una ceja alzada.

—Usted dirá, señora.

—Yo... quisiera saber...

Se detuvo. Max, jocosamente, exclamó:

—Estoy aquí para complacerla, señora. ¿Qué desea saber?

La miraba al hablar, y pudo advertir que la muchacha se ruborizaba y apretaba los labios.

—¿Qué le ocurre? —preguntó él, burlón—. Es la primera vez que veo rubor en el rostro de una joven. Tal vez este fenómeno se deba a que jamás traté a muchachas decentes. Perdone usted la frase.

—Señor Howad —cortó ella, súbitamente enérgica—. Ayer noche...

—¡Oh, oh! —rió Max, comprendiéndola y lanzando una de aquellas risotadas que descomponían a sus amigos—. No tema usted. Yo soy un hombre honesto en lo que cabe. Cuando poseo a una mujer —añadió crudamente— no me aprovecho de su sueño.

El rubor y la vergüenza de Maril crecieron de punto. Con voz ahogada dijo:

—Es usted un grosero.

Max se limitó a sonreír. Ella se reconcentró en sí misma y, subiendo el cuello del abrigo, quedó silenciosa y ensimismada.

\* \* \*

Llevaban recorridos más de veinte kilómetros, cuando llenó su tercera

pipa mudamente. El cielo estaba nebuloso y amenazaba nuevamente nieve. Max miró a un lado y a otro y de súbito dijo:

—Esta noche nevará con verdadera intensidad. Es un crudo invierno.

Maril no respondió. Se había hecho el propósito de no hablar más, pues había comprendido que el hombre no era delicado en absoluto.

—Todos los años nieva —siguió diciendo él, sin quitar la pipa de la boca ni dejar de mirar la dirección—. Pero como éste no conocí otro invierno. ¿Sabe usted lo que hacemos cuando nos bloquea la nieve?

Maril alzóse de hombros.

Howad lanzó sobre ella una quieta mirada.

—¿No le interesa saberlo? Pues le advierto que tendrá que compartir nuestra soledad, a menos que prefiera regresar a España. Nunca estuve en España —añadió con volubilidad—. Dicen que es una tierra llena de sol y alegría. Me gustaría conocerla. Indudablemente, tiene que ser una bella tierra, a juzgar por usted misma.

—¿Es una galantería? —preguntó, mordaz.

Max volvió a reír de aquel modo en él peculiar.

—Por supuesto que no. Cuando galanteo a una mujer lo hago muy de cerca. —Y de pronto, reflexivo—: ¿Qué diablos vio usted en Julio para casarse con él?

—¡Señor Howad!

—¡Oh, perdone! A decir verdad, yo quiero bien a Julio. Es un buen chico, aparte de su endiablado carácter. —Y burlón—: Le advierto que con otro socio, ya Julio estaría en el confín del mundo. Pero yo soy un hombre cachazudo. No suelo tener en cuenta más que las cosas que me atañen muy de cerca, y procuro que sean pocas.

—Es usted un hombre de recursos.

—No, no. Lo que pasa es que soy hombre cómodo —rió—, y no acostumbro a complicarme la vida por pequeñeces. Temo que Julio se la complique demasiado, y si la mezcla a usted en sus complicaciones, la hará sufrir.

—Conozco a mi marido.

Max alzóse de hombros y comentó de modo extraño, entre burlón y reflexivo:

—Es lo extraño. Que conociéndole se haya usted enamorado de él.

A Maril le dolió aquella respuesta. Era la misma que venía oyendo desde hacía unos meses, justo desde que decidió casarse. Recordó las frases del

padre de su marido, las de su tío, e incluso las del cura, y ahora las de Max. Julio no podía haber cambiado tanto, y ella lo conoció bien cuando tenía veinte años. Tan sólo habían pasado siete, y durante ellos se escribieron dos cartas por mes.

—Si algún día necesita usted de un buen amigo —dijo Max inesperadamente, con voz distinta— ya sabe dónde estoy, muy cerca de usted...

A su pesar, Maril se impresionó. Quietamente dijo:

—Voy a reunirme con mi marido. No creo, pues, necesitar un amigo.

—De todos modos, recuerde que yo estaré siempre alerta. No sé lo que me pasa, pero lo cierto es que, desde que la vi, siento un halo de protección hacia usted. Llámeme absurdo, si le parece.

Era un hombre extraño. Tan pronto se portaba cínicamente, como entregaba toda su lealtad. Debería tener cuidado con Max; resultaba seductor, aun sin proponérselo.

—¿Me oye usted?

—Le oigo.

—Tal vez necesite un amigo. No dude en acudir a mí. Y si necesita romperle la crisma al estúpido de su marido, yo se la romperé.

—Sepa usted que conozco a Julio desde que éste tenía veinte años. Yo tenía diecisiete.

—Eso es lo lamentable. Han transcurrido muchos años.

—Para los efectos...

—Bueno, bueno, mejor para usted, si confía en él. Una esposa siempre debe confiar en su marido.

Por un instante sintió la tentación de preguntarle cómo era Julio. Ella lo conocía, pero... ¿Por qué todos hablaban desfavorablemente de él? No lo hizo, sería poner en mal lugar a su marido, y eso no lo haría jamás.

—Ya estamos llegando —dijo Max, de pronto—. Al volver aquel recodo ya se divisa la granja. ¿Le gustan a usted los animales de corral?

—Nunca los he tenido.

—Pues aquí los hay en abundancia. Claro que en el invierno se pierden muchas unidades. Todos los días se hace un recorrido hasta Winnipeg para vender en el mercado la manteca, los gallos, los huevos y las legumbres. Al mismo tiempo trabajamos en las minas de lignito. Julio tiene parte en todos mis negocios. Tenemos salinas y a veces nos pasamos semanas enteras abajo, con los encargados de las salinas. Mire, ya se divisa la granja.

Era una finca larga y ancha, enorme. Estaba cercada por una alta tapia, y se

veía mucho movimiento en ella.

—Vivimos cómodos —explicó él, serio—. A los dos nos gusta cuidarnos.

\* \* \*

La presentó a los criados. Les dijo escuetamente:

—Es la esposa del señor Torralba.

Después la pasó al salón. Era éste grande y estaba amueblado con gusto. Max abrió un mueble-bar y extrajo una botella y dos copas.

—Necesitamos reconfortarnos, señora. Beba.

—Gracias. Prefiero descansar.

—Es verdad. Soy un descuidado —tocó un timbre y apareció una mujer morena, de negro pelo y cuerpo ancho—. Susi, indica a la señora su departamento.

Maril se puso en pie. Aún no se había quitado el abrigo, y Max se quedó con las ganas de contemplar su cuerpo.

—Gracias por todo, señor Howad.

—No se merecen, señora.

Y la miraba de aquel modo en él peculiar, que ruborizaba a la joven. Se apresuró a salir, y casi subió las escaleras corriendo.

Con las piernas abiertas, él quedó en mitad del salón. De pronto, dio la vuelta sobre sí mismo y metió la pipa en la boca. La mordió con saña y salió de allí.

Al instante se hallaba en el despacho, donde su administrador ponía en orden los archivos.

—Oiga, Sam. ¿No se sabe nada de Julio?

—Nada, señor.

—¡Maldito estúpido!

Se derrumbó en una butaca y cruzó las piernas. Repantigado, fumaba y expelía el acre humo, contemplando divertido sus espirales.

—¿No has visto a su esposa?

—Sé que llegó con usted, señor, pero no la he visto.

—Pues te pierdes algo —se puso en pie y se aproximó a la ventana, donde golpeó la cazoleta de la pipa—. No me explico qué ha visto esa mujer en Julio para casarse con él, y encima por poderes.

—Todos tenemos algún encanto, señor.

Max se quedó mirándolo y de pronto lanzó una estrepitosa carcajada. Regocijado, exclamó:

—No me irá a decir, Sam, que usted cree poseer alguno.

—Todos tenemos algo, señor.

—Que me parta un rayo, si usted lo posee. Yo soy un vanidoso, pero...

—¿Tan bella es? —le atajó, curioso, el administrador.

—Extraordinariamente atractiva. ¿Y sabe usted lo que más me llamó la atención de ella?

—No lo sé, señor.

—Sus manos. Cristo, qué manos más finas y más expresivas. Bueno... — sacudió la cabeza—. Hay hombres con suerte. Indudablemente, Julio la tiene.

—¿La merecerá?

—¿Usted cree?

Sam esbozó una tibia sonrisa.

—Creo que no, señor.

—Yo tampoco. Bueno —decidió—. Será cosa de lanzar un S.O.S., a ver si acude. Porque si tarda mucho, no tendré reparos en conquistarle a la mujer.

—Señor...

—Bueno, me retiraré a descansar. Falta me hace.

—Por aquí se dijo que pasaron la noche en el refugio de la montaña.

—Así es.

Y lo miró agudamente. Sam parpadeó.

—Al señor Torralba no le agradará, señor.

—Que se lo tome en dos veces, si en una se le indigesta. Buenos días, Sam.

—Que descanse, señor.

Max, ya en la puerta, se volvió a medias.

—Sam...

—Dígame.

—¿Se ha enamorado usted alguna vez de la mujer de otro?

—No..., no, señor.

—Mejor para usted.

Y salió.

## V

Se hallaba derrumbado en un sofá de la planta baja, cuando Maril apareció en el marco de la puerta. Max se puso en pie rápidamente y la miró de aquel modo en él particular, mezcla de admiración y deseo, que nunca podía reprimir al ver a una mujer.

Ella vestía una simple falda escocesa de grueso paño y una chaqueta de lana abotonada hasta el cuello, dejando ver por éste un pañuelito de colores muy finos. Calzaba altos zapatos, y si gentil le había parecido con el abrigo de corte inglés, gentilísima le parecía ahora con el nuevo atuendo.

—Pase, señora —invitó, amable—. Uno no tiene ocupación con estas nieves, y se pasa la vida contemplando la televisión o haciendo solitarios.

Ella pasó y miró a un lado y a otro.

—Es bonita la casa.

—¿Ha dormido usted bien?

—He tratado de hacerlo.

—Tome asiento, por favor. Diré que nos sirvan la merienda.

Pulsó un timbre y apareció un criado.

—La merienda, Jim.

—Al instante, señor —miró a Maril—, ¿Qué prefiere la señora?

—Lo que tengan por costumbre tomar.

—Hay de todo. Té, café, leche, mantequilla, mermeladas, jamón... —rió Max.

—Té y pastas.

El criado salió y Howad pidió de nuevo:

—Siéntese. ¿Fuma? Yo fumo en pipa casi siempre, pero tengo cigarrillos.

—Gracias, no fumo.

—¿En qué parte de España vivía usted?

—En el Norte. En un pueblecito cerca de Santander.

—No estoy muy al tanto de la geografía española. Me refiero a los pueblos pequeños.

—Es lógico —se sentó—. Otro tanto me ocurre a mí con la suya.

—Yo soy bostoniano.

—Sí, creo que ya me lo dijo. ¿Cómo se conocieron usted y Julio?

—En un garito —rió—. Los dos somos algo aventureros. Estábamos ambos en un garito de Winnipeg jugando al póquer. De pronto, me fijé en su esposo, que estaba desplumando a unos hacendados. Me aproximé y aposté con él. Le gané. Al amanecer, salimos juntos del garito.

—Ignoraba los detalles.

—¿Y prefiere seguir ignorándolos? —se burló.

—Prefiero conocerlos —dijo fríamente.

—De acuerdo. De aquel garito pasamos a un burdel, y unas bonitas muchachas de vida alegre nos quitaron lo que los dos habíamos ganado. Salimos de allí sin un centavo.

—¿Es preciso que también sepa eso?

—Usted ha dicho que deseaba conocer todos los detalles.

Roja como la grana, prefirió escucharlo en silencio.

Con Max era preferible usar aquel sistema: el del silencio. Ya iba conociéndolo un poco. Había en su virilidad tanto de serio como de frívolo. Lo que Maril ignoraba era cuál de aquellas dos facetas vencería.

—Nos encontramos solos en mitad del arroyo —siguió él blandamente, como si hablara a una criatura— y nos miramos. «¿Qué?», pregunté yo. «¿Qué?», dijo su marido.

Siguió un silencio. Tal vez Max esperaba que ella hiciera una pregunta. No la hizo y continuó:

—Al anoecer de aquel mismo día aún seguíamos paseando preguntándonos: «¿Qué?» Entonces decidimos asociar nuestro infortunio.

—Muy divertido —apreció ella fríamente, sin poder contenerse.

—No era nada divertido, la verdad. Pero yo me había visto en situaciones peores. Siempre tenía el recurso de regresar a Boston, cosa que no me agradaba en absoluto. Vinimos aquí y alquilamos esta granja. Al año justo era nuestra.

—¿Debido a las buenas cosechas? —preguntó ella, mordaz.

—¡Oh, no! —rió Max, tranquilamente—. Debido al juego. Una noche buscamos al dueño y le desafiamos a una partida.

—Eran ustedes jugadores profesionales —apuntó ásperamente.

—No, no. Simples aficionados. Lo cierto es que le ganamos la granja.

—¿Y... también la mina?

—Eso —rió Max, cachazudo— fue otro día. El pobre hombre, dueño de la mina, emigró a Cuba. ¡Casi nada!

\* \* \*

En aquel instante les servían la merienda, y Max procedió a tomar tranquilamente el café.

Al anoecer salió a la terraza. Había mucho movimiento en el patio. La nieve seguía cayendo y cubriendo los senderos.

—No sé —dijo una voz tras ella— cuándo podremos trabajar nuevamente. Los muchachos se entretienen en lo que pueden.

Se volvió. Max, en mangas de camisa y descotado, como si el frío no le afectara, fumaba su pipa y contemplaba vagamente a la muchacha, que, a su vez, lo miraba interrogante.

—¿No hay forma de buscar a Julio?

—No tenemos trineos. Y los esquís, hasta la cúspide de la montaña, son inútiles.

—¿Tanto?

—Sí, temo que quedemos sin reservas.

—¿No puede usted enviar por mi marido?

—Claro que no. Julio suele desaparecer semanas enteras, y cuando regresa nunca dice dónde estuvo. No será fácil localizarlo.

Maril se estremeció.

—Señor Howad...

—Puede llamarme Max.

—Señor Howad...

—Como quiera. ¿Qué desea?

—Me parece que está usted tomando a broma lo más serio de mi vida.

—Señora, permítame que le diga que no ha medido usted la seriedad. Yo diría que ha cometido usted una gran tontería.

—Sepa que su opinión me tiene muy sin cuidado.

—Siendo así, límitese a esperar.

Y dando la vuelta sobre sus talones, desapareció, dejando a la muchacha desconcertada y dolida.

Se retiró a su alcoba, y buscó en los armarios. Necesitaba ver algo de Julio. ¡Tanto tiempo deseando aquella boda y de pronto...!

Hurgó en la ropa. Camisas, calcetines, trajes, batas, ropa de montar... Y sobre la mesita de noche una foto de ella, de hacía siete años. Y en un cajón, muchas otras.

La alcoba era grande y había una sola cama nueva, como si se adquiriera unos días antes. Indudablemente, Julio la compró antes de casarse, con intención de compartirla con ella.

Bruscamente, se puso en pie y se aproximó al balcón. Max, en medio del patio, daba órdenes. Era un tipo extraño. Julio hablaba mucho de él en sus cartas. Siempre decía que era un hombre de recursos y que a su lado nadie se arruinaba. Naturalmente, jugando su hacienda con trampas... Le pareció todo

aquello muy mezquino.

A la hora de comer, bajó al comedor. Max estaba solo, sentado ante la mesa. Vestía, como siempre, ropa de montar, y la camisa la llevaba desabrochada, dejando ver su fuerte y ancho tórax.

—Buenas noches.

Max se puso en pie y apartó la silla para que ella se sentara.

—Tengo que decirle —apuntó— que pedí voluntarios para buscar a su esposo.

—¿Y...?

—No los encontré. Yo no soy tan altruista. No quiero moverme de aquí.

—Me lo figuro.

—¿Por qué, si apenas me conoce usted?

—Usted mismo se encargó de hacerse conocer.

—Eso es verdad —rió Max—. Tengo esa maldita manía. Coma, por favor. Este estofado está sabroso.

Tenía apetito. Era algo que no podía remediar. Estaba angustiada, pero el estómago no perdonaba. A mitad de la comida, dijo Max:

—No se preocupe. Si Julio se muere en la montaña, yo me casaré con usted.

—Es una broma de mal gusto, señor Howad.

—Puede llamarme Max.

—Le aseguro que no tengo intención alguna de llamarle así.

—Es usted muy altiva.

—Siento parecérsele.

Alzóse de hombros. Pero impetuosamente dijo:

—Es usted una mujer que entra en uno como imán, y de pronto se convierte en algo poderoso y definitivo en la vida de un hombre.

—Siento que a usted le ocurra eso.

—Perdone si la molesto.

—Me molesta.

—¡Cuánto lo siento!

Pero sonreía tranquilamente.

\* \* \*

—Buenas noches, señora Torralba —saludó él, desde el fondo de la escalera.

Maril no respondió, y siguió subiendo las escaleras. Se cerró en su cuarto y, derrumbándose en el lecho, lloró. Casi podía asegurar que era la primera

vez que lloraba. Al menos, con aquel ansia, con aquel dolor, con aquella amargura, jamás lo había hecho.

Ella fue una chica feliz. Quedó huérfana muy joven, pero encontró en sus tíos unos segundos padres, y a su lado fue muy dichosa, muy dichosa... Cuando apareció Julio en su vida, entregó toda su ternura, y amó intensamente. Cuando le dijo que se iba, que no deseaba ser un dependiente de su padre, lloró. Pero no con aquella desesperación. Cuando recibió su primera carta desde Nueva York, se juró a sí misma esperarle. Y aguardó ilusionada siete años sin temor alguno.

Cesó de llorar. Ella era una chica valiente y necesitaba fuerzas, muchas fuerzas, para luchar y soportar al impertinente de Max, y la ausencia de su marido.

Se tendió en la cama y trató de dormir. No se oía ningún ruido en la casa. Era grato aquel silencio. Podía pensar con calma. Julio no debería haber ido de caza en vísperas de boda. Ya tenía que saber que ella llegaba aquel día... Había sido poco considerado.

Durmió mal y sobresaltadamente, y cuando se levantó a la mañana siguiente y bajó al salón, encontró a Howad fumando su pipa, leyendo un viejo periódico. Al verla se puso en pie y preguntó, exageradamente amable:

—¿Cómo descansó la señora?

—Bien, gracias. ¿No cesó de nevar?

—Cesó de nevar, desde luego. Y el parte meteorológico dice que no volverá hacerlo en toda la semana. Espero que dentro de tres días pueda estar usted en los brazos de su marido.

—Considero que debiera ser usted más respetuoso con la esposa de su socio y amigo.

—Sepa usted, señora —replicó Max burlonamente—, que Julio es mi socio, pero no mi amigo. Algún día le propinaré una patada y lo enviaré a España con sus malditos problemas. Además, estoy enamorándome de usted.

—Señor Howad.

—Así como suena. Y es la primera vez que me ocurre —impetuoso, añadió—: Hasta ahora conseguí todas las chicas que conocí y me gustaron. A usted, uno no pretendería lograrla una sola noche. Me gustaría hacerlo toda la vida. Por eso sé que empiezo a amarla.

Maril, que jamás había oído aquel lenguaje, estuvo a punto de salir corriendo, pero se mantuvo inmóvil y sería frente a él, soportando quietamente su serena mirada.

—Es usted —dijo ahogadamente— detestable.

—Siento parecérselo, señora. A decir verdad, me gustaría ser para usted algo más que un amigo.

—Me imagino que Julio no debe apreciarlo. Y me pregunto qué haría y diría usted, si le contara esto a mi marido.

Max se echó a reír tranquilamente.

—No se enterará de nada nuevo. Julio me conoce lo suficiente para saber que no suelo callar cuando conozco a una mujer que me agrada. Sobre ese particular —apuntó, mordaz— tendría usted que verme con su esposo.

—¿Cómo?

—Estimo que no conoce usted a Julio. ¿No se sienta? Nos servirán el desayuno al instante.

—Prefiero hacerlo sola y con mi doncella.

Dio la vuelta y Max alzóse de hombros. Cuando la vio desaparecer, arrugó el ceño. Le gustaba aquella muchacha. Le gustaba mucho, y lo peor de todo era que empezaba a desearla. ¡Maldito Julio! Apretó los puños y rezongó entre dientes algo ininteligible.

## VI

Permaneció todo el día en su alcoba, pero allí los temores la aniquilaban y al anochecer no pudo más y bajó al vestíbulo. Max paseaba de un lado a otro, con las manos en los bolsillos y la pipa apretada entre los dientes.

En aquel instante, el televisor daba las noticias oficiales, y Howad, sin ver a Maril, se dirigió al salón casi precipitadamente. Ella lo siguió. Deseaba oírlo por sí misma, y se detuvo paralizada en el umbral cuando oyó dar el parte meteorológico. Anunciaba implacablemente que la tormenta de nieve se prolongaría aún muchos días. La joven muy pálida, dio un paso al frente, y Max, al sentirla, dio la vuelta y encontró la quieta mirada fija en la suya.

Por un instante, ambos, frente a frente, se interrogaron. El, por primera vez aturdido. Se repuso al pronto y, nervioso, exclamó, haciéndose el indiferente:

—No hay quien entienda a estos demonios de embusteros.

—No trate de suavizar la verdad. Oí, como usted, el parte meteorológico, y me imagino que sería igual al de esta mañana.

—Le aseguro, señora...

—No se esfuerce —y, dejándose caer, con desaliento que no pudo disimular, en un sofá junto al televisor—. Debió usted decirme la verdad.

—Mire usted, señora, yo... no quería... Bueno, uno es duro y se habitúa a todo, pero hay cosas... —nervioso, farfulló—: ¿Qué diablos me pasa? Yo siempre me enfrenté valientemente con todo. No me explico por qué ahora me duele hacerle daño a usted.

Maril no comprendía. No era tan fiero como parecía. Y al comprenderlo así, hasta olvidó las frases que le dijo aquella mañana.

—Señor Howad, usted me indicó esta mañana que el parte había anunciado buen tiempo. Y yo estoy oyendo todo lo contrario.

—Bueno, bueno —rezongó—. Estos demonios se confunden muchas veces.

—Pero esta mañana el parte no fue tranquilizador.

—Diantre, yo...

—Está bien, Max —y súbitamente—: Le ruego que prepare un equipo de salvamento. Yo iré con ellos.

Howad se agitó. Dio unos pasos hacia ella para quedar de nuevo paralizado. Con las piernas abiertas, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón de pana, la cabeza un poco inclinada hacia delante, y la camisa desabrochada, más que un hombre parecía un actor haciendo de Tarzán.

—Señora —exclamó, fuerte—. Si usted hace eso, irá a la muerte. Yo no puedo obligar a mis hombres a suicidarse. Y no puedo consentir que usted se

muera. Al fin y al cabo, soy responsable de usted.

—De acuerdo. Pero Julio está bloqueado en mitad de la tormenta, y nosotros, tanto usted como yo, tenemos el deber de ir en su ayuda.

—No es la primera vez que Julio se ve en este trance. Le apasiona la caza, y entiende poco del tiempo. Cuando la semana pasada decidió salir, yo le advertí. Puede usted saberlo por mis hombres y por Sam. Julio, su esposo, es de los que hacen siempre su santísima voluntad. No quiso oírme.

—No vamos a discutir ahora las causas que motivaron el accidente. Lo que tenemos que hacer es salvarle.

El televisor volvió a hablar del tiempo en aquel instante, y Max, furioso, lo apagó de un manotazo.

—Son —gritó como si pretendiera disculparse— un hatajo de embusteros.

—Señor Howad...

—¡Oh! ¿Cómo he de hacerle comprender que no podemos hacer nada por su esposo, excepto esperar? —De pronto, se sentó frente a ella y dijo, persuasivo—. Señora, entre el bosque donde Julio acostumbra a cazar y esta granja hay un refugio. En este refugio hay provisiones para una docena de hombres durante una semana. Suponiendo que Julio esté solo, pues lo estará, tendrá leña y comida para doce semanas. ¿Comprende usted?

—Nevando día y noche, el refugio corre peligro de desaparecer bajo un alud.

—¡Oh, no! Está acondicionado para evitar ese accidente.

—Aun así, le ruego...

Max, irritado, se puso en pie de un salto y, con su energía habitual, agitó la mano furiosamente y gritó:

—Venga, venga conmigo y escuche lo que ocurre. Por mil demonios que daría media vida por complacerla. —Y deteniendo su carrera, pues iba presuroso hacia la terraza, y asiendo la mano de la joven, la miró intensamente a los ojos y exclamó ahogadamente—: Me estoy enamorando de usted y estoy desesperado. Y usted no sabe lo que esta desesperación significa para mí.

—Suélteme.

—Haría por usted... todo lo que hubiera que hacer. Pero... —hinchó el pecho y trituró los dedos femeninos— no voy a poder pasar sin usted.

—Suélteme...

No lo hizo; corrió con ella hacia la terraza y allí se detuvo, jadeante.

\* \* \*

—¡Muchachos! —gritó—. Vengan todos aquí.

Bajo la terraza tenía un grupo de hombres. También estaba Sam, observando preocupado a su amo y a la frágil joven que a su lado parecía menguada.

—Muchachos, necesito vuestra ayuda —gritó Max con acento ensordecedor.

—Estamos a su disposición, amo —dijo el que encabezaba el grupo.

—Bien. Como sabéis, el señor Torralba se ha ido de caza. A juzgar por la tempestad de nieve y su tardanza, cabe deducir que está bloqueado en el refugio. Esta señora —y la señaló sin mirarla— es su esposa. Se ha casado por poder y llegó aquí a reunirse con su esposo. Pues bien; ella me pide, me ruega, que salgamos en auxilio de su marido.

—Eso no puede ser, amo —gritó uno de los que formaban la primera fila—. Recuerde usted lo que ocurrió cuando el señor Dale, el ingeniero, quedó bloqueado.

Max ya lo sabía. Pero con voz fría, pidió:

—Que refiera lo ocurrido uno de vosotros.

Sam dio un paso al frente.

—Señor Howad, será duro para la señora.

—Ella desea oírlo —gritó Max, fuera de sí—. Esta señora es fuerte y valiente. Que lo escuche. —Se volvió hacia ella y la saeta de sus ojos encendió el pálido rostro de la joven—. ¿Desea usted oírlo?

Maril titubeó, pero al fin dijo:

—Sí, sí...

—Hable, Sam.

—Señor Howad...

—Le ordeno que hable —exclamó, apretando los dientes.

—Está bien —miró, aturdido, a la joven—. El señor Dale era... muy temerario. Salió de caza en una mañana de invierno y quedó bloqueado por la nieve. Esta se prolongó dos, tres semanas. A la tercera se organizó un equipo de salvamento. Estábamos aquí deseando salir, y nos equipamos de elementos suficientes.

—Al grano, Sam —chilló Max furioso—. La señora no necesita oír sus opiniones personales.

—Está bien, está bien. Doce hombres se lanzaron a la aventura.

Calló. Metió el dedo entre el cuello y la camisa. Los muchachos parecían paralizados, como si vivieran aún aquellos trágicos instantes. Max, pálido y rígido, como si nada le impresionara, gritó, ordenando:

—Continúe, Sam.

—Yo creo...

—Le ordeno que siga —se volvió hacia la joven—. ¿Desea usted continuar oyendo...?

Maril dio un paso atrás, se tapó la cara con las manos y echó a correr hacia la casa, como si la siguiera el mismo demonio. Sam respiró, los muchachos se agitaron. Max dijo muy bajo:

—Podéis..., podéis retiraros. —Y más bajo aún—. Si ella quiere saber... ya se lo explicaré yo.

Uno a uno todos se retiraron a sus puestos en los patios. Sam se perdió por la puerta de la cocina y Max estuvo allí hasta que se encendieron las luces del comedor.

—Señor Howad —dijo una voz tras él.

Max se volvió en redondo y se quedó mirando a Sam con fijeza.

—¿Qué desea?

—Yo creo, señor....

—Diga lo que sea —gritó— y pronto, que no estoy para oír retóricas.

—Creo que debemos atender a la señora. Se halla en el salón, llorando desconsoladamente.

—¿Y a mí qué me importa que llore? —se exasperó—. ¿Qué puedo hacer yo? Consuélela usted. O váyase al demonio.

—Señor Howad.

—¡Cállese!

—Señor...

—Le digo que se calle —se agitó cual si lo sacudiera un huracán, y se aproximó a Sam hasta dominarlo. Este dio un paso atrás, y Max gritó, fuera de sí—: Yo no puedo hacer nada por ella. —Y súbitamente doblegado—: Ojalá..., ojalá pudiera hacer algo por mí mismo.

Se alejó, dejando al administrador desconcertado. Lo vio, a través de los visillos, pasear el comedor de un lado a otro y salir luego por la puerta hacia el vestíbulo.

Entró en el salón y se aproximó a ella lentamente. Su rostro parecía tallado en piedra. Así permaneció inmóvil, sin expresión.

Maril, hundida en un sillón, lloraba con desesperación. Jamás había llorado así. Y le dolía que la vieran y al mismo tiempo no podía remediarlo.

Max no podía ver llorar a una mujer. Precisamente por evitarlo, había dejado su hogar y Boston. El no era ningún dechado de virtudes, el deambular

de su vida agitaba a su madre, que, todas las mañanas, cuando lo veía llegar, lloraba al reprimirlo. El no podía ver lágrimas en los ojos de su madre, y un día dejó el hogar.

Y aquella muchacha tan bonita... Las lágrimas lo perseguían hasta allí. Apretó los puños y gritó:

—¡Cállese de una vez, niña! ¡Cállese ya!

Maril se agitó, pero no pudo dejar de llorar.

—Le aseguro —dijo, paseando la estancia de un lado a otro— que no puedo... hacer nada por usted. Por mil demonios que no. —Y furioso, en contraste con el tono suave de su voz—: Ya le he dicho que daría media vida por ayudarla. ¡Oh, Satanás! ¿Por qué hemos de vernos en esta situación? Y lo peor de todo... Lo peor es que la amo.

—Cá... cálese. ¡Oh, sí! Cálese.

Lo miraba, suplicante. Max sintió que todo ardía en su cuerpo, y se volvió de espaldas a ella.

—Señora..., no quiero ofenderla. Es la primera vez que me odio porque temo ofenderla con mi actitud. La primera vez, sí, que siento reparos. La primera vez que conozco esta ansia, esta plenitud que me agita, y me desespera cuando..., cuando recuerdo que pertenece a otro.

—Le ruego, señor Howad...

—Sí, sí, ya sé. Pero no sé —apretó los puños— si podré evitarlo. Yo nunca me enamoré —se volvió hacia ella, que ya no lloraba—. Le juro a usted que siempre compré el amor, y el mercado me satisface. Y de pronto... me doy cuenta de que detesto todo aquello.

—No siga, Max...

Era la primera vez que conscientemente le llamaba así, y él se dejó caer en una butaca frente a ella, con un suspiro de desconcierto.

—Maril, Maril...

—Le suplico... que se calle.

—Dios de Dios... —echó el cuerpo hacia delante—. ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo hacer cuando regrese su esposo? Le mataré o me matará él a mí. Aquí, en este refugio, lejos de todos los deberes civiles, uno se hace la ley a su gusto. Y yo...

—Cálmese, Max.

—No me odie usted.

—Lo compadezco. Me compadezco a mí misma. Es... horrible todo esto.

Calló, retorciéndose las manos una contra otra. Max, rígido en el sofá,

parecía una estatua. De pronto hinchó el pecho y dijo:

—Perdóneme, perdóneme...

Y salió de la estancia a grandes pasos.

Maril, muy despacio, se puso en pie, limpió las lágrimas que empañaban sus ojos y murmuró:

—No lloraré más. No quiero, no puedo llorar. Necesito... mucha fuerza espiritual. Necesito... pensar. Pensar mucho, hasta agotarme.

Se dirigió a su alcoba, pero no pensó. Llegado el momento, tuvo miedo de sus propios pensamientos.

## VII

Le sirvieron la comida en su alcoba. Permaneció en ella todo el día siguiente, pero al anochecer, como el día anterior, no pudo más y bajó.

Nevaba copiosamente. No se veía verdor alguno en la llanura. Y allá en lo alto, las montañas lucían inmaculadas bajo el poder de la intensa nevada.

Maril se estremeció. Necesitaba escribir a sus tíos, a sus suegros. ¡Sus suegros! Empezó a recordar los consejos del padre cura, los de su tío, los de Alberto Torralba... De muy poco habían servido, y no obstante... ahora los comprendía mejor. Un poco solamente, pero lo suficiente para darse cuenta de que había sido loca al casarse con un hombre que no cedió su pasión a la caza, por ella.

—Buenas noches, Maril.

Se volvió. En la penumbra del salón, Max la miraba. Huyó de aquellos ojos poderosos que la aturdían. Ella nunca se había sentido turbada ante unos ojos de hombre. Ni siquiera ante los de Julio, cuando empezaron a mirarse como hombre y mujer.

—Hace frío, Maril —dijo él quedamente—. Siéntese junto a la chimenea.

La muchacha obedeció en silencio. El lo hizo frente a ella, y encendió la pipa, tras golpear la cazoleta en el borde de la bota y llenarla de tabaco.

—No debe usted permanecer tantas horas en su alcoba. No es bueno. El cerebro femenino enamorado, trabaja demasiado en la soledad.

—No... puedo pensar —dijo, confundida—. Empiezo a hacerlo y me canso. Es como si...

—Como si tuviera miedo —atajó él quedamente.

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué se casó, Maril?

—Estaba... enamorada.

—¡Enamorada! ¿Sabe, en realidad, una mujer si está enamorada, lejos de su amado siete años?

—Le amo.

—Sí, Maril. Le ama. Yo también amé mucho a mi primera novia, pero no se me ocurrió casarme con ella. ¿Quiere usted que le refiera algo que me ocurrió a los veinte años? Hoy tengo treinta y cuatro. Ya ha nevado mucho desde entonces.

—Pretende... distraerme.

—Pretendo hacerle corta la velada. Son tan largas las horas en estas soledades...

—Gracias, Max. A veces, parece usted un caballero de buenos sentimientos.

El emitió una sardónica sonrisa.

—Pues no lo soy, señora. Ni caballero ni me molesté jamás en pulir mis sentimientos. Engañé siempre que pude, me aproveché de los bienes ajenos, sin la responsabilidad de un ladrón, lo cual quiere decir que... gocé del favor de las mujeres casadas, cuyos maridos las dejaban solas para bien de éstas. Uno debe estar siempre alerta. No fue uno enviado a este mundo para contemplar pasivamente el panorama.

—Es usted odioso.

—Prefiero que me odie a que me ame —dijo él ásperamente—. Si me odia, la respetaré. Nunca forcé las situaciones. Si me amase, la atraería a mis brazos y la colmaría de pasión...

—¡Max!

—¡Oh, perdone! Yo sé que no tengo enmienda. Para distraerla y distraerme yo, ¿quiere que le refiera aquel pasado y puro pasaje de mi vida?

Ella se alzó de hombros. Iba conociéndolo lo bastante para darse cuenta de que toda la fuerza se le iba por la boca. Era en el fondo un caballero de gran corazón, y pretendía hacerse pasar por un rufián sin escrúpulos. Era hombre de buenos sentimientos y gustaba de doblegarlos. Ella empezaba a admirarlo.

—Cuenta, si quiere —dijo bajo—. Y si tiene cigarrillos, deme uno.

—Me dijo que no fumaba.

—Tal vez ello obre en mis nervios como sedante.

—Tenga la bondad de esperar. Voy a buscarlos.

\* \* \*

Tenía el cigarrillo prendido entre los labios y él le aproximó el encendedor.

Mirándola fijamente a los ojos, susurró:

—Maril, es usted la única mujer que enciende mi sangre y a la vez entra en mi corazón como una caricia.

—Es una frase literaria y poco vulgar.

—No soy literato.

—A veces lo parece.

Sabía que Max la miraba intensamente, bajó los párpados. Por primera vez tenía miedo, casi temor de aquella encendida mirada.

—Max... —dijo suavemente—. Siéntese ahí, por favor.

Y señalaba un sillón frente a ella, pero separado por una pequeña mesa de

centro.

Se dejó caer en él pesadamente y cruzó una pierna sobre otra. La lámpara portátil que esparcía su luz indirectamente iluminaba parte del cetrino rostro, acentuando la dureza de sus facciones.

—Ocurrió cuando yo era un quijotesco estudiante universitario. Tendría unos dieciocho años. Tal vez veinte, como le dije antes. No puedo precisar con exactitud la edad. Creo que no es preciso.

—Tampoco yo lo creo necesario.

—Gracias. Conocí a una chica. Tenía dieciocho años, y me enamoré de ella como un loco.

—Como usted suele enamorarse.

—No. Nunca más volví a enamorarme hasta que la conocí a usted.

—Aléjeme de su pensamiento, Max.

—No podré.

—Siga con su historia.

—La amé como un loco. Siempre que podía, corría a su lado. Fue nuestro amor como una exaltación. A los tres meses yo pensaba ya casarme con ella tan pronto terminara la carrera. Ella se llamaba... ¿Cómo se llamaba, diantre? Pues no lo sé. Como quiera que se llamase, era muy fina, muy bonita, apasionada y muy... simple —soltó una de sus espasmódicas carcajadas y prosiguió, jocoso—: Fue enviada a un colegio. Yo seguí mi carrera. No nos vimos en cinco años. Nos escribíamos, y cuando nos encontramos de nuevo... ¿Sabe usted lo que ocurrió?

—No tengo ni idea.

—Pues ocurrió que ni ella pensaba como antes ni yo la quería como entonces. Me alejé de ella tan pronto pude, y fue cuando empecé a ser un hombre. Eso les ocurrirá a ustedes.

—¿A quiénes?

—A Julio y a usted. Usted ama al muchacho de veinte años. Ese muchacho es hoy un hombre. El ama en usted a la jovencita exaltada...

—Nos casamos porque nos conocemos. Fuimos escribiéndonos durante este tiempo, y nada nos ocultamos de nuestras evoluciones personales.

Max descruzó las piernas y emitió una risita ahogada.

—Sé, después de conocerla, que Julio no puede ser su hombre. Usted es fuerte, es valiente, es hermosa, es virtuosa, es... apasionada. Julio no es nada de eso.

—Julio es su amigo —atajó ella fríamente.

—Ya le he dicho que se equivoca. Es mi socio, pero no mi amigo.

Max se puso en pie y paseó la estancia de lado a lado. De pronto, se detuvo con las piernas abiertas y quedó frente a ella.

—Maril, le he dicho que si necesita usted un amigo..., aquí me tiene.

—Gracias. —Y tras rápida transición, con sequedad—. ¿Qué le ocurrió... al señor Dale?

El rostro de Max se endureció.

—Los hombres que fueron a buscarle —dijo bruscamente— perecieron entre la nieve. Dale, nuestro ingeniero, se suicidó dentro del refugio.

—¡Dios mío!

—Lo siento. Usted me lo preguntó.

Maril se puso en pie y dijo con un hilo de voz:

—Pudo ser más piadoso...

—Ni siquiera por el mucho amor que siento por usted, puedo ser embustero.

—Es usted...

—Lo siento, señora.

—Voy... a retirarme.

—Prefiero que lo haga, y no lllore en mi presencia —apuntó ásperamente—. La tomaría en mis brazos y no sería capaz de soltarla.

—No me tomaría en sus brazos ni me tomará jamás.

—Sepa que si quisiera hacerlo no habría nadie capaz de impedirlo. Si la deseara tan sólo, ya sería usted mía.

—Señor Howad...

—Lo siento, señora —cortó, dándole la espalda—. Lo siento de veras. Pero sepa que no suelo callarme lo que deseo decir. Lo que puedo decir.

—Mi marido se separará de usted tan pronto llegue.

—Su marido no se separará de mí, porque para él antes que usted está su ambición. Lo verá por usted misma. Y es lo que siento. Su decepción.

\* \* \*

«Y es lo que siento. Su decepción.»

¿Por qué? ¿Por qué todos le hablaban de aquel modo con respecto a Julio?

Derrumbada en la cama, con la cara oculta entre las manos, trataba de impedir que las lágrimas la dominaran. Y las dominó ella. No lloraría jamás. ¡Oh, no! Esperaría los acontecimientos, y si al regreso de Julio observaba que, en efecto, todos tenían razón, volvería a España al lado de sus tíos.

De pronto, se sentó de golpe en la cama. Miró, asustada, a un lado y a otro.

¿Por qué de pronto pensaba así? A ella jamás se le ocurrió creer lo que los demás decían de Julio, y de pronto... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es que aquel demonio de hombre tenía más poder de persuasión que los demás, que el padre Daniel, sus tíos, los padres de Julio? ¿Por qué? Se estremeció. ¿Qué ocurría en ella? ¿Qué transformación se estaba operando en su corazón y en su cerebro?

Saltó del lecho y, en pijama, fue a apoyar la frente en el cristal de la ventana. La frialdad del hielo, cuajado en el cristal, le produjo un intenso escalofrío. Y a la vez un extraño calor, como si la sangre hirviera en su cerebro. Le ardía la cara, y con brusquedad abrió la ventana. Una racha de viento helado le dio en el rostro. Miró a lo alto. Las montañas blanqueaban a lo lejos. La nieve seguía cayendo y cubría, amenazadora, los senderos.

Consultó el reloj. Eran las doce de la noche, y dos docenas de hombres, cubiertos hasta el cuello de gruesa ropa protectora, procedían a quitar la nieve en el patio y la entrada a los pabellones destinados a los obreros de la granja.

Max, con una zamarra de cuero, daba órdenes con voz atronadora. Tenía la pipa apagada entre los dientes y parecía preocupado, pues la voz poseía un extraño matiz de impaciencia.

Maril giró en redondo, cerró la ventana y se dirigió al armario. Buscó unos pantalones de lana y se los puso. Luego unas botas de cuero, y a continuación cubrió la cabeza con un gorro de fieltro. Se puso una zamarra de ante y una bufanda al cuello, y salió de la alcoba.

Al atravesar el vestíbulo, Sam le salió al encuentro.

—Señora...

—¿Qué ocurre? —preguntó ella quedamente.

—Nada.

—Algo grave ocurre. Muchos hombres trabajan en el patio. El señor Howad está con ellos.

—Tratan de despejar el camino, señora.

No preguntó nada más. Sabía que Sam nada le diría, aunque la casa estuviera bloqueada por la nieve. Salió corriendo y llegó jadeante junto a Max, que al verla se aproximó a ella, gritando:

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Qué..., qué ocurre?

—Vuelva a su cuarto y duerma.

—¿Qué pasa?

—Le digo que vuelva a su cuarto y duerma. No ocurre nada. Estamos

tratando de poner expeditos los caminos. No podemos dejarnos enterrar por la nieve.

La empujaba hacia la casa. Y como ella forcejeara, Max, sin palabras, la tomó en brazos y con ella apretada en el pecho atravesó el patio y corrió escaleras arriba.

—Suélteme, suélteme —gritaba la joven, desesperadamente.

—No, por mil demonios.

—Le digo que...

—Maril —susurró, y bajo, casi con el rostro pegado al de ella—: No grite de ese modo y trate de tranquilizarse. No ocurre nada. La tormenta de nieve amaina, y estamos tratando de barrer sus efectos.

—Quiero ver... Quiero ver...

—¡Cállese!

—Quiero ver.

—Le digo que se calle. ¡Oh, maldita sea! ¡Si no la amara tanto, la abofetearía!

Llegaban a la alcoba de Maril. Esta trató de saltar de los brazos de Max, pero él, apretándola contra su pecho, dijo roncamente:

—Si no se calla, si no se calma, por mil demonios que entro con usted en la habitación y la hago mía. —¡Oh!

La soltó.

—Ya lo sabe.

Y cerró la puerta, tras desprenderse de ella violentamente.

## VIII

Amaneció un nuevo día. Maril despertó sobresaltada, y, al recordar lo ocurrido la noche anterior, saltó del lecho y corrió hacia la ventana. La nieve, en verdaderas montañas, se amontonaba en el patio y ante la casa. Los hombres continuaban apilándola incesantemente, y si bien la ventisca era menos densa, la nieve pertinaz seguía cayendo sobre la espalda de aquellos hombres que se relevaban cada dos horas.

Max, en medio del patio, parecía un poste. Tenía la vista fija en el cielo y una profunda arruga cruzaba su frente.

Se vistió precipitadamente, y bajó corriendo las escaleras. A mitad de éstas se detuvo al oír la voz del administrador dirigiéndose a un criado.

—Diles que miren por los comestibles, Mon —ordenaba Sam con voz seca—. Los caminos están bloqueados. No hay forma de comunicarse con Winnipeg, y los comestibles menguan en la despensa. Si esto continúa así una semana más, tendremos que rifamos y comernos unos a otros.

Dicho lo cual, se perdió por la puerta del despacho, y el criado, muy pálido, le siguió con los ojos hasta que desapareció. Entonces, Maril, muy despacio, continuó bajando las escaleras. Al verla, el criado se dispuso a alejarse, presuroso, pero Maril le detuvo.

—Mon —llamó.

El aludido frenó en seco su marcha y muy lentamente fue dando la vuelta hasta quedar frente a la joven, mudo y expectante.

—Mon...

—Mande la señora.

—El refugio de la montaña se bloquea también, ¿verdad, Mon?

Este esquivó la mirada.

—Mon, contéstame, por favor —suplicó.

—Yo creo, señora, que... su esposo estará bien.

—No te pregunto eso, Mon.

—Señora, yo...

Entró Max en el vestíbulo en aquel instante. El criado, al verlo, giró en redondo y desapareció casi corriendo. Entonces, Howad miró ceñudo a la joven. Vestía ésta pantalones azules de grueso paño, largos hasta el tobillo, aprisionados en este punto, un jersey azul oscuro y una zamarra del mismo color. Calzaba fuertes botas, y al descender el último peldaño, se aproximó a ella y dijo roncamente:

—No trate de sobornar a los criados, Maril. Es peligroso.

—¿Para ellos o para mí? —preguntó fríamente.

La miró al fondo de los ojos y ella sintió de nuevo aquella especie de vértigo que la perdía más y más en el marasmo de sus propios desconciertos.

—Para todos —dijo seco—. Venga. Vamos a tomar algo.

Pasó ante ella y Maril le siguió al comedor, como un autómeta. Se sentaron frente a frente, y el hombre, distraído, desmigó un trozo de pan.

—Max —dijo ella de pronto—. Estamos en un grave peligro, ¿verdad? Corremos el riesgo de morimos de hambre si esto continúa.

Sin alzar los ojos, sin dejar de desmiguar el pan que, distraído, amontonaba junto al cubierto, la miró al fin fijamente.

—Para usted —dijo de modo extraño —siempre habrá algo.

—No se trata de mí.

—Es la única persona que me interesa —cortó él—. Y aunque se mueran todos de hambre, usted seguirá viviendo.

—Le digo que no se trata de mí. En este instante pienso en mi marido. Si nos falta comida a nosotros...

—¡Oh! —alzó la mano con violencia—. Deje a su esposo en paz. Tal vez se esté divirtiendo.

—¿Cómo puede decir eso? Es usted un hombre sin conciencia.

Max agitó la mano en el aire; como significando: «Bah, no diga usted tonterías». En voz alta exclamó como cansado:

—No sería la primera vez, señora, que desaparece durante varias semanas y se le encuentra extenuado en cualquier rincón del bosque, en brazos de una mujer.

Maril, muy pálida y temblorosa, fue poniéndose en pie lentamente y quedó envarada ante él. Max no se preocupó de disculparse. Parecía súbitamente menguado.

—No tiene usted derecho a decir eso —susurró, conteniendo las lágrimas.

—Perdone —añadió él de mala gana.

—Es usted peor de lo que creía, señor Howad.

—Puede..., puede seguir llamándome Max, Maril. Disculpe mis palabras.

Y con brusquedad, se puso en pie, tiró sobre la mesa el trozo de pan que nerviosamente había dejado en corteza, y salió del comedor, dando un portazo.

La joven apoyó, desfallecida, la cabeza sobre el tablero de la mesa y quedó inmóvil.

\* \* \*

Sin desayunar se refugió en su cuarto. Hasta entonces había luchado con el

temor de que le ocurriera algo a Julio. Y de pronto las palabras de Max infundían en ella un nuevo temor. Jamás podría perdonar a su marido que en vísperas de boda se fuera de caza con una mujer. Julio no haría eso, no podía haberlo hecho. ¡Oh, no! Si fuera cierto, no sería capaz de perdonarlo. Jamás perdonaría una cosa así, por mucho que amara a su marido.

De pronto se dejó caer en el lecho y ocultó la cara entre las manos. Por primera vez se enfrentaba valientemente con sus sentimientos. ¿Eran éstos los mismos que la indujeron a casarse por poderes? ¿Era Julio para ella el mismo hombre que había creído? Algo cambiaba dentro de ella. Algo era distinto, pero, por mucho que se esforzaba en averiguarlo, y se enfrentaba con la realidad, no encontraba forma de darse una clara respuesta.

Detuvo sus pensamientos un golpecito en la puerta.

Se puso en pie y fue a abrir, pero la puerta cedió antes de que ella llegara al umbral.

—Usted... aquí —susurró, sin preguntar.

El pétreo rostro de Max apenas si se movió.

—¡Márchese! —gritó ella, excitándose de pronto—. Váyase y cierre. Déjeme sola. Ya... —apretó las manos con desesperación—. Ya me intranquilizó bastante.

Max, muy pálido, dio un paso al frente y quedó erguido en medio de la estancia. Ya no había tanta arrogancia en su persona. Diríase que un mundo había caído sobre sus espaldas, aplanándolo.

—Le digo...

—Maril, tranquilícese y permítame disculparme.

—¡Váyase!

—No sé qué nos pasa a los dos, Maril... Yo hablo... por hablar, y usted cree todo lo que yo le digo.

—¡Váyase!

El dio un paso al frente.

—Deténgase.

—Escuche, Maril.

—Y no me llame por mi nombre —gritó—. ¡Le desprecio tanto, señor Howad! ¡No sabe usted cuánto le desprecio!

Al pronto, Max no contestó. Diríase que no la había oído, tal era su abstracción. Pero de pronto exclamó como para sí solo:

—La amo mucho, Maril. Y por amarla tanto, soy cruel. Usted no sabe lo que es estar toda la vida mofándose del amor, y de pronto, sentirlo uno, así con

esta claridad, con esta plenitud, con esta ansiedad. Es como aquél que lo posee todo en la vida, que sólo tiene que alzar un dedo para conseguir la gloria, y en un momento, hay un objeto que ansia y le es negado.

—¡Cállese! —pidió ella con voz enérgica.

—Si con callarme adelantara algo, me hubiera callado. Pero cuanto más callo, más siento, y esto es un martirio que nunca creí que me reservara la vida..

De pronto, giró en redondo y quedó ante la montaña. Seguía nevando y los hombres se turnaban en el patio para despejar los montones de nieve que bloqueaban la finca.

—No sé —dijo de espaldas a ella— lo que el destino nos tiene reservado aquí. Tal vez muramos de frío y de hambre un día cualquiera.

—Por favor —murmuró ella con un hilo de voz—. Cállese ya.

Se volvió hacia ella.

—Maril, estamos solos. Su esposo se halla muy lejos de aquí. Tal vez esté vivo o tal vez muerto. ¡Quién sabe! Pero nosotros estamos vivos y nos necesitamos, nos queremos.

Ella se estremeció.

—¿Qué dice? ¿Está usted loco, Max? Tal vez usted me ame como dice, o quizá es tan sólo una atracción pasajera, que pasará tan pronto como la vida vuelva a su normalidad. Pero de lo que sí estoy segura es de que yo a usted no le quiero.

—No lo diga de ese modo tan rotundo —apuntó, adquiriendo de pronto su personalidad desafiadora—. Puede que se equivoque. No concibo que una mujer como usted, ame a un fósil como mi socio.

—Indudablemente, usted se considera un ser privilegiado.

—En modo alguno —refutó, agitando la mano en el aire—. Me considero tan sólo un hombre. Y soy hombre, señora, que puedo comprar a miles de mujeres que no amo, pero que jamás adquiriría ni abusaría de la mujer amada, aunque renunciar a ella me costara la muerte. Ese hombre soy yo, señora.

Dio la vuelta sobre sí mismo y se dirigió a la puerta. Ya con la mano en el pomo, la miró cegador. Ella parpadeó y dio un paso atrás.

—Maril —dijo intensamente—. Si se siente muy sola, baje al salón. Aquí se morirá de tristeza.

—Max —gritó, sin comprender su ansiedad—. ¿Qué clase de hombre es usted? Tan pronto me insulta, como se insinúa, como se ofrece a entretenerme respetuosamente.

—Ya le he dicho qué clase de hombre soy.

Y salió.

Maril quedó un instante inmóvil en mitad de la estancia, y de pronto se dirigió a la puerta, la abrió y se deslizó despacio escaleras abajo.

Cuando iba a mitad de la escalera, oyó la voz bronca que decía a la cocinera:

—Susan, reserva la mermelada para la señora.

—¿Y las galletas, señor? ¡Quedan tan pocas!

—También, Susan. La señora no debe sentir la crisis.

—Bien, señor.

Quedó paralizada y el corazón empezó a latirle locamente. De pronto echó a correr escaleras arriba y se refugió en su cuarto.

\* \* \*

Eran las nueve de la noche y había cesado de nevar. Los hombres que habían trabajado durante cuarenta y ocho horas descansaban en sus pabellones y se oían a través de la oscuridad sus cánticos melancólicos, su charla y el rasgueo de una guitarra.

Maril sintióse desgraciada. De pronto, sufría una honda nostalgia. Echaba algo de menos, y no sabía que tal vez era su tranquilidad de España, la casa caldeada de sus tíos, los consejos de éstos... No. No era aquello. Se trataba de algo más pesado. Como si le faltara un trozo de sí misma y temiera remplazarlo demasiado pronto.

Había permanecido todo el día en su alcoba, con la frente pegada al cristal de la ventana, viendo cómo la nieve caía y los hombres la retiraban. Susan en persona le había subido la comida y la merienda. Mantelitos de hilo, fina cristalería, exquisitas galletas y exquisita mermelada. Y ella le había dicho:

—No estamos en situación de gastar etiquetas, Susan.

—Son órdenes severísimas del señor Howad.

Le dio rabia que se preocupara de ella de aquel modo. ¿Es que pretendía conquistarla con tan vulgares cosas?

Dejó que Susan se fuera, y, a las nueve o poco más, decidió bajar al salón. En su alcoba se ahogaba. Necesitaba aire y oír voces humanas muy cerca.

El salón aparecía casi sumido en la penumbra. Al fondo de la pieza se hallaba Max, hundido en un sillón, con las piernas entreabiertas, la pipa en la boca y la mirada ausente. Al verla, se puso de un salto en pie y quedó erguido ante ella.

—Me pregunto, Max —dijo, entrando y cerrando tras de sí— si no querrá

usted conquistarme a base de cosas dulces.

El alzó una ceja.

—¿Pues?

—Mermelada y galletas —apuntó, burlona.

—¡Oh! —y lanzó una risotada—. ¿Se refiere a eso? —y con sardónica sonrisa—: Tome asiento, Maril, y deponga su sarcasmo. Le diré que si decidiera conquistarla no sería a base de mermelada y galletas. La verdad, yo nunca conquisté a una mujer con golosinas.

—¿Cómo las conquista?

Max dio un paso al frente.

—¿Quiere... saberlo?.

El tono de su voz hizo que ella alzara los ojos. Tropezó con los de Howad y se estremeció. Aquella mirada brillante la inquietó. Dio un paso atrás y dijo fuerte, como si le costara esfuerzo hallar palabras:

—Yo... Yo... Yo... —dio la vuelta—. Max, no me mire así.

—Perdone. Creo que nos zaherimos sin necesidad. Cuando tanta tranquilidad necesitamos los dos.

Maril dio la vuelta y se lo encontró de espaldas.

—Lo siento, Max. Créame.

—¿Le sirvo una copa?

—No, gracias.

—¿Conecto el televisor?

—No se preocupe por mí.

—Maril —se sentó quietamente frente a ella—. ¿Me odia realmente?

—Prefiero... —le esquivaba la mirada— no hablar de mis sentimientos.

—¿Teme enfrentarse con ellos?

—No... sé lo que temo.

—Maril.

—No.

—¿No qué?

—No me hable en ese tono.

—Es que no creo que pueda hablarle en otro el resto de mi vida. ¿Sabe lo que será cuando esto se normalice y regrese su esposo?

—Supongo que continuará como ahora.

—No.

Lo miró. Max la miraba a su vez con rara expresión.

—Maril, me iré. Regresaré a Boston con mi familia. No podré continuar

aquí viendo cómo usted disfruta o sufre... en los brazos de su esposo.

—¡Cállese!

—Tomé gusto al amor —continuó él, como para sí solo—. Ahora creo en su existencia y deseo asociarlo a mi vida. Tal vez pueda olvidarla y encontrar a otra mujer en mi vida. Detestaba el hogar, ahora me ilusiona. Me reía del sentimentalismo. Ahora me emociona.

En aquel instante, un criado anunció desde el umbral:

—La cena está servida.

—Vamos, Maril. Tómeme del brazo y hágase la ilusión de que estamos en una fiesta social.

Ella sonrió suavemente, pero no se colgó de su brazo. Y Max la siguió en silencio.

## IX

Pasaron de nuevo al salón, apenas sin hablar. Ella se sentó junto al televisor y Max lo conectó.

Sonó música de baile y en la pantalla se reflejó una sala de fiestas neoyorquina.

—Quite eso, Max, por favor.

—¿No... desea bailar?

—Claro que no.

—Se olvidaría de sus problemas.

—Prefiero no olvidarlos de un modo tan frívolo.

—¿No es usted frívola?

—Nunca lo he sido.

—Ya.

—¿Qué piensa, Max?

—En su esposo. Es un ser frívolo.

—No me hable de él, se lo ruego.

—¿Porque teme odiarlo?

—Porque temo recordar demasiado que estoy casada y sola.

Max se sentó frente a ella y encendió la pipa. La chupó con ansia. Y entre las espesas volutas, sus duras facciones se difuminaron.

—Maril, dígame. Supongamos que a Julio le ocurre una desgracia...

—Por lo que más quiera, cállese.

—Suponga...

—Le suplico que se calle. Porque de otro modo me retiro.

—Quédese.

Siguió un silencio. De pronto, Max se puso en pie y paseó el salón de un lado a otro con las manos caídas a lo largo del cuerpo y la pipa balanceante entre los dientes.

—Deténgase, por favor.

—No me pida nada por favor —dijo Max, deteniéndose y quedando quieto ante ella— ni emplee esa voz para hablarme. Enciende mi sangre de tal modo que temo que no baste mi caballerosidad para contenerme.

—¡Max!

—¿Se da usted cuenta? —se inclinó hacia ella calladamente—. ¿Se la da? ¿Comprende usted de la forma que la amo?

—Es... —susurró, aturdida— la soledad.

—¡Oh, no! Muchas veces estuve solo con una mujer, y la poseía y me

quedaba tan tranquilo.

—Si... me poseyera a mí —dijo ella, suavemente—, también se tranquilizaría.

—No —refunfuñó, fieramente—. Eso, no. Sé que si la poseyera, sería usted para mí como el vino para el alcohólico. Tendría que beber y beber hasta perder el sentido.

—¡Max!

El reaccionó.

—¡Oh, perdone! —y con sarcasmo, alejando de ella la mirada—: Le he pedido a usted más veces perdón que a las demás mujeres en toda mi vida.

—Siéntese, Max. No hable de usted ni de mí, ni de Julio. Charle de cosas gratas que le ocurrieron en el transcurso de su existencia.

—Me han ocurrido muchas cosas.

—Cuéntelas.

Se sentó, y en aquel instante entró Sam en el salón.

—Señor...

—¿Qué ocurre, Sam?

—Nieva de nuevo, señor.

—¿Qué?

—Además, intensamente.

Max se puso en pie de un salto y corrió hacia la ventana. Con brusquedad, retrasó el visillo y clavó los ojos en la noche.

—Maldita sea —bramó—. Mil veces maldita.

Y salió, seguido de Sam.

Maril se puso en pie con lentitud. Estaba muy pálida y le temblaban los labios. Por un instante temió caer desplomada en el suelo, pero se agarró al brazo del sillón que segundos antes había dejado Max. Se repuso y siguió despacio a los dos hombres. Se detuvo en la terraza. Susan contemplaba el panorama desde la ventana de la cocina, y tenía el ceño fruncido. Era una mujer de unos cincuenta años, fuerte y coloradota, y en aquel momento parecía menguada.

—Susan —dijo Maril, ahogadamente, aproximándose a la ventana—. ¿Es esto habitual?

—Siempre nieva en invierno, pero aquí, con menos intensidad, debido a los lagos. Apenas si se nota la nieve algunos años. Siempre hace mucho frío, pero nevar así es la primera vez, y hace seis años que vine a esta granja.

—Yo creí que en esta parte no nevaba. Las salinas, los lagos... Todo hace

suponer que no debemos temer a la nieve.

—Eso creía yo también. Pero este año debe nevar en todas partes. Temo que se acabe el mundo —exclamó, con voz temblorosa.

—No me asuste, Susan.

La cocinera cerró la ventana y Maril bajó de dos en dos las escaleras.

En medio del patio, Max discutía con sus hombres.

\* \* \*

Ella anduvo mezclada entre los hombres que luchaban con la nieve, sin que nadie reparara en su persona. Llegó un instante en que apenas si se distinguía su figura, cubierta de nieve y tan callada. Oía la voz de Max dando órdenes y las ahogadas respuestas de los hombres, que se revelaban. Cada vez oía las voces más bajas, y ella no podía mover los pies. Luchaba por salir de allí. ¿Dónde estaba? Abrió los ojos y vio varias figuras moviéndose en la oscuridad. Y la voz de Max, cada vez más atenuada, se alejaba hasta parecerle a ella un eco lejanísimo.

De pronto, alguien la miró.

—Señora —gritaron varios a la vez.

Sintió que Max gritaba también, y maldecía. Y de súbito, la levantaron. Voces, gritos, murmullos... Sentía un frío horrible y de pronto algo caliente y una cosa muy blanda que se deslizaba bajo ella, que la abrigaba, y una voz tenue y tierna en su oído:

«Estás a mi lado, Maril. No temas.»

¿Julio? ¿Max? ¡Max! Corrían por la nieve, ardía el bosque. Sí, en medio de la nieve había fuego, y la nieve caía en aludes grandísimos, interceptándole el paso. Una mano apretaba la suya. Le infundía calor, y la voz lejana de ¿Max?, se oía alentadora.

—Estás a mi lado, Maril. Siempre a mi lado.

Era consoladora aquella voz. ¡Oh, sí! Grata, nueva, prometedora.

—Siempre a mi lado, Maril. Nadie logrará llevarte de mi lado.

Y volvía a correr y caía, y la levantaban y sentía calor. Cada vez más calor.

De pronto, abrió los ojos. Se sentó en la cama.

—Maril.

—Dios mío... ¿Qué... qué pasó?

Max estaba sentado a su lado, junto a su cama, y sonreía como un chiquillo feliz que acababan de regalarle un balón de reglamento.

—Está usted bien —dijo fervoroso.

—¿Qué... qué pasó?

—Échese sobre la almohada y duerma.

—He soñado o he vivido —susurró ella.

—Las dos cosas, Maril.

—¿Por qué? ¿Por qué estoy en mi lecho?

—Tranquilícese.

—Óigame, Max...

La empujó suavemente y ella dejó la cabeza sobre la almohada. Suspiró.

—Estoy viva —dijo, muy bajo—. ¿No sería mejor que estuviera muerta?

—No diga eso. ¿Qué iba a ser... de mí?

—¡Oh, cállese!

—No puede dejarme solo, Maril. Cuando deliraba no llamaba usted a Julio, me llamaba a mí.

—Cállese, por lo que más quiera.

—Maril...

—Dígame... lo que ocurrió.

—Se unió a nosotros en el patio, pero poco a poco se apartó de nuestro grupo. Yo no me di cuenta. En aquel instante, la nieve nos dominaba, y estaba como loco. Nadie se fijó en usted, apoyada en una columna del pabellón central. Y poco a poco la nieve la fue cubriendo. Debí gritar, porque de pronto todos advertimos su situación, y yo la alcé en mis brazos y la traje a su alcoba.

—Y..., ¿qué ocurrió después?

Max esbozó una tenue sonrisa.

—Le pusimos dos bolsas de agua caliente. Le dimos masaje en los pies...

—¿Quién?

—Susan.

—¡Ah!

—Maril —dijo él, reprobador—. Aún no se da cuenta de que este libertino es un caballero para usted.

—He de reconocerlo así, Max. Y no quisiera.

—¿No quisiera?

—Preferiría odiarlo.

—La amo demasiado para que usted me odie, Maril.

—No quiero admirarlo, Max.

—Y me admira.

Ella entornó los párpados asintiendo, y Howad se puso en pie.

—Ya... ya la dejo, Maril, querida. Descanse, trate de dormir y no piense en nada.

—¿Sigue nevando?

—Ha cesado, de madrugada.

—¿Y qué dice el parte meteorológico?

—No lo escuché. No quiero escuchar nada.

—¿Qué será de nosotros si esto sigue así, Max?

—No le ocurrirá nada. Antes de que le ocurra algo a usted, tendré que morirme yo, y no es posible.

Ella iba a responder, pero el hombre salió sin esperar.

\* \* \*

Aterrada, se dio cuenta, en la quietud y soledad de aquella mañana, de que no pensaba en Julio ni en lo que a éste pudiera ocurrirle. Se estremeció al llegar a esta conclusión. Era horrible su situación. ¿Es que...? No, no podía ser, y no obstante, ¿qué era aquello, si no amor, lo que sentía arder en su pecho, pensando en Max? En Max, que no era más que un amigo de su esposo.

Apretó las sienes con ambas manos y hubo de hacer un sobrehumano esfuerzo para no estallar en sollozos. ¡Max! ¡Julio! ¿A cuál de los dos consideraba su marido? Asustada por este pensamiento, saltó del lecho y, tambaleante, se aproximó al armario y sacó una bata de grueso paño.

Se acercó a la ventana y miró. Verdaderas montañas de nieve se agrupaban a lo largo del patio y los senderos. Pero a lo lejos no se distinguían los lagos de los caminos. Era un panorama desolador, y Maril se estremeció. Ya no miró hacia las montañas donde Julio se hallaba bloqueado. De pronto, aquel hombre pasaba a ocupar un lugar muy secundario en su vida, y la evidencia la paralizó.

Se abrió la puerta en aquel instante y giró suavemente en redondo, pues quienquiera que fuese venía a sacarla de su pensamiento aterrador.

—Señora...

—¡Oh, pasa, Susan!

—Le traigo una taza de caldo.

—¿Aún quedan gallinas en el corral? —trató de bromear.

—El señor estaba diciendo que cuando amaine esta tempestad, se irá a Boston y venderá todo esto.

—La situación es crítica.

—Mucho, señora. Y no sé cómo lo pasará su esposo en el refugio.

Maril se estremeció. Sentóse ante la mesita y desplegó la servilleta de

hilo.

—No te vayas, Susan. Toma asiento y hablemos.

La cocinera obedeció, un poco perpleja.

—¿Están muy asustados los chicos?

—Son valientes.

—¿Y... el señor?

—Ese es más valiente que todos. Nunca rezaba, ¿sabe usted? Y de pronto lo he visto arrodillado ante una imagen, y no pedía para él, pedía para usted.

—Sí...

—¿Se siente mal la señora?

—No, no, Susan. Sigue.

—Es una situación penosa, pero confío que pase. Es peor la guerra, ¿no le parece?

—No sé... No sé lo que... será peor.

—Bueno, ya la dejo. Si necesita algo, sólo tiene que tocar el timbre, aunque con este frío no sé si funcionará. ¿Ya sabe que ayer noche, cuando la trajimos a su alcoba, nos quedamos sin luz? Nunca he visto tan desesperado al señor.

—Puedes... puedes irte, Susan.

—Sí, sí, señora. ¿He molestado en algo a la señora?

—No, no, Susan. Es que... estoy muy cansada.

—Acuéstese de nuevo. Le hará bien descansar.

## X

No bajó al comedor al anochecer, pero subió Max.

Ella estaba vestida y sentada junto a la estufa, sumida en un mar de confusiones reflexivas.

—¿Cómo van esos ánimos, Maril? —preguntó el hombre, recortando su alta figura en el umbral.

—Pase, Max, y cierre. Entra corriente.

—¿Puedo sentarme?

—Desde luego. —Sin mirarlo, añadió—: Le estoy muy agradecida por todo lo que hizo por mí.

Esbozó un gesto, como diciendo que le molestaba hablar de ello. Cruzó una pierna sobre otra, chupó la pipa y de pronto dijo:

—Pienso irme a Boston. Le cederé todo esto a su esposo... ¿Me acompañará, Maril?

Ella se sobresaltó.

—¡Oh, no!

—Puede... divorciarse.

—Soy católica —casi gritó—. Y por otra parte... —apretó los dientes—, no tengo deseo alguno de acompañarle.

—Yo creí...

—Creyó usted mal —cortó, ásperamente.

Siguió un silencio. Max se puso en pie, se aproximó a la ventana y retiró el visillo.

—Parece que no ha vuelto a nevar. Creo que... que... a mediados de semana podremos escalar la montaña —soltó el visillo y retrocedió hasta el sillón, donde se dejó caer pesadamente. Maril lo miraba y él sostenía la mirada femenina con una extraña intensidad—. Pienso —dijo de pronto, como si siguiera el curso de sus pensamientos en voz alta— retornar a Boston con los míos, tan pronto deje esto en condiciones. No quiero exponerme a que me ocurra esto otro año, y perder todo lo trabajado en un momento.

—No todos los años sucede eso.

—En efecto. Y debido a los lagos y los ríos, es difícil, si bien el agua de los lagos casi siempre está helada todo el año. ¿Conoce usted Winnipeg?

—No.

—Es digno de verse. Y esto también es muy bello, pero nosotros estamos casi alejados de la civilización, perdidos en esta comarca... —hizo una pausa y bruscamente añadió—: Maril, me aparto de lo que realmente me interesa.

—Prefiero... —le esquivaba— que calle usted.

—Iba... a hablarle de mis anhelos.

—¿Y qué puedo solucionarle yo?

—Mucho, Maril.

—Nada, Max.

El hombre se inclinó hacia adelante y con ansiedad susurró:

—Maril...

—¡Oh, no! —estalló ella—. No me hable en ese tono. No me diga nada. Se... se lo suplico.

—Escuche...

—Le digo que no.

El se irguió y quedó firme ante ella, quien, retorciéndose las manos, parecía agitada por la impotencia.

—Tiene miedo —empezó Max suavemente—. Miedo de lo que yo diga y de lo que pueda hacer usted.

—¡Cállese!

—Y ambos debemos aceptar la realidad, como dos valientes. Y usted y yo lo somos, Maril.

—Le pido... —se puso en pie y, tambaleante, se apoyó en el sillón, donde Max vio que sus dedos se crispaban—. Le suplico que me deje sola.

—Usted no puede ser feliz junto a un hombre que la olvidó para irse de caza. Ni por toda la fauna del lago, ni por todos los animales del bosque, hubiera yo olvidado a una mujer que había esperado siete años.

—Váyase, Max. Y, por favor..., no me atormente.

—Es usted lo más querido para mí —dijo tan suavemente que la muchacha creyó que no podría escucharle sin apretarse en sus brazos—. Lo más querido, Maril. Y lo peor de todo es que lo hubiera sido igualmente si Julio estuviera aquí.

La muchacha se dirigió a un rincón de la alcoba, con las manos en los oídos. Max, sonriendo tristemente, añadió sin moverse:

—Y no podré vivir aquí cuando él regrese. No podré soportar la idea de que usted se cierra en sus brazos. Cada beso que imaginase, cada caricia, cada mirada, serían puñaladas clavadas en mi propio corazón.

—¡Váyase! —gritó la joven, descompuesta—. ¡Váyase, le digo!

Todavía no se movió. De súbito, dio un paso hacia la puerta y, ya con la mano en el pomo, susurró:

—La admiro y la amo, Maril. Por esa su valentía y por esa dignidad que la

defiende del pecado. No tema, nunca la incitaré a pecar. A usted, con diferencia de todas, la amo para venerarla, no para envilecerla.

Y salió, dejando a Maril acurrucada en un rincón, y con el corazón saltándole locamente en el pecho.

\* \* \*

No volvió a su alcoba. Susan le sirvió la cena y le dio conversación un rato.

—Los entendidos dicen que no volverá a nevar.

—Dios los oiga, Susan.

—Tan pronto como queden expeditos los senderos, un equipo saldrá y tratará de escalar la montaña hasta el refugio. Entonces podrá bajar su esposo.

Maril no respondió. Distraída, comía una zanca de pollo.

—Está sabroso, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Digo el pollo.

—Sí, claro que lo está.

—Lo tenemos reservado para usted. Lo ordenó así el señor Howad.

—Es... es muy bueno.

—Lo es en verdad. Un poco bohemio, ¿sabe? Pero un caballero. Dicen que en Boston pertenece a la mejor sociedad. Sus dos hermanas están casadas con grandes personajes y todo eso.

Maril hubo de sonreír.

—¿Les contó él eso?

—¡Oh, no! El señor Howad nunca habla de sí mismo. Lo dice Sam. El es también bostoniano, ¿sabe?

—Ya. Dime, Susan. Mi marido, ¿se fue solo de caza?

Maril observó que la cocinera se ruborizaba.

—No soy... celosa, Susan. Puede usted hablar con franqueza.

La mujer aún titubeó.

—Susan...

—Señora..., yo... no debo...

—Claro que debes. Yo te hago una pregunta directamente.

—Sí, desde luego.

—Ya sé —mintió— que mi esposo tiene por Winnipeg muchas amigas.

—¿Lo sabe? ¡Oh!

Maril sonrió inocentemente. Su corazón latía de tal forma, que hubo de llevar la mano al pecho, como si tratara de acallararlo. Nunca se le había

ocurrido preguntar a Susan por su marido, y en aquel instante se daba cuenta de que ella sabía muchas cosas. Tal vez más cosas que los demás.

—Claro que lo sé. Siempre disculpé a Julio. Lo peor de todo, Susan, es vivir junto a un hombre que no se conoce. Teniendo en cuenta sus debilidades, es fácil llevar la vida en paz.

—¡Oh! Pues es usted diferente a la generalidad femenina.

—No crea. Todas las mujeres que usted considera dichosas, lo son gracias a su criterio de la vida, del hombre y del amor.

Susan la escuchaba con la boca abierta. Por un instante, Maril temió que sus divagaciones no desatasen la lengua de la cocinera. Pero no fue así. Susan crispó las manos sobre la falda y dijo:

—El señor Torralba casi nunca va solo de caza. En el corazón de Manitoba, e incluso en esta parte de la comarca, tiene muchos conocimientos femeninos. Quiero decir..., amigas.

—Lo comprendo, Susan. ¿Usted cree que fue con una amiga, tal vez?

—Pues... verá, señora. Yo le oí decir al señor Howad que pensaba pasar el fin de semana cazando en los lagos con una amiga, junto a la cual celebraría su despedida de soltero.

—¡Oh! —movió la cabeza—. Qué divertido, ¿verdad?

—¿Se... lo parece?

—Pues sí.

—¡Qué suerte tiene el señor Torralba! No todas las mujeres son tan comprensivas.

—Hay que... amar mucho para pensar así.

—Eso digo yo —miró el plato—. ¿No come más?

—No tengo mucho apetito, Susan.

—Parece que está usted pálida.

—Es... la luz.

—Sí, tal vez. ¿Puedo retirar el servicio?

—Desde luego.

—¿No toma café?

—No.

—¿Le molestó lo que dije? —preguntó, temerosa.

Maril trató de esbozar una sonrisa.

—No, claro que no. Es que estoy muy nerviosa. —Y mirando hacia la ventana—: Ojalá no vuelva a nevar.

—Buenas noches, señora.

- Hasta mañana, Susan.
- Que descansa la señora.
- Gracias, igualmente.

La cocinera, empujando la mesa de ruedas, con el servicio casi intacto, desapareció por la puerta. ¿Max no le había dicho nada? Podía contar muchas verdades que él no ignoraba, desprestigiar a Julio con justicia, y ganar así su amor, y no lo hizo. Se mordió los labios. En aquel instante lo admiró mucho más.

\* \* \*

No la esperaba, y se sobresaltó al verla. Vestía un pijama negro, y sobre él, una bata de casa de grueso paño, muy bonita, larga hasta los tobillos. Llevaba el cabello peinado hacia atrás, atado con una simple cinta. Estaba muy bella con aquella luz de melancolía en la mirada y aquella suave palidez que acentuaba la tersura de su piel.

—No debió bajar, Maril —susurró, saliendo a su encuentro—. La calefacción ha dejado de funcionar hace una hora. Tendrá usted frío.

—No.

Se sentó frente a la chimenea apagada. Max murmuró:

—La encenderé.

—No se moleste.

—Es un placer para mí, Maril, y usted lo sabe.

No respondió. El hombre se quitó la zamarra y procedió a encender la chimenea. Maril, sentada en un sillón con las manos cruzadas en el regazo, lo miraba distraída. El, mientras encendía, hablaba sin cesar:

—Son las doce de la noche. No debió dejar su alcoba. Ya no volverá a nevar, ¿sabe? Acabo de oír el parte meteorológico.

—¿No es otra de sus piadosas mentiras para tranquilizarme?

—Claro que no. Pasado mañana podrá salir el *jeep* hasta el centro de la ciudad, y a principios de semana sólo quedará nieve en los riscos.

—Eso suponiendo que no se hiele la nieve.

—No es fácil.

—Max...

En el sonido de su voz, él notó algo extraño, y se puso en pie con las tenazas de hierro en las manos.

—Maril...

—Usted no me dijo que Julio solía ir de caza y de pesca con mujeres.

—Maril...

—¿Por qué me lo calló?

—Maril...

—Usted pudo ganar mi amor.

—Con el desprestigio de mi socio, no. Un día... le hablé algo y me pesó mucho. Además..., ¿por qué se preocupa?

—Soy su esposa.

Se quedaron callados. De pronto, ella no pudo más, y ocultó el rostro entre las manos, gimiendo:

—¿Por qué no habré oído a mis tíos, a los padres de Julio, al sacerdote?

—Maril...

Ya estaba a su lado y la alzaba en sus brazos.

—Maril...

La apretaba contra sí. Ella trató de desprenderse. Max, excitado, anhelante, murmuraba:

—Ámame, Maril. Necesito que me ames.

—Cállese. Suélteme.

—Usted me ama a su vez.

—Cállese, suélteme.

—Maril.

—Le pido... —sollozó, huyendo de sus ojos y de sus labios—. Max, déjeme. Tenía razón, no debí dejar mi alcoba.

—Necesito besarla. Y amarla mucho. No podré recordar a Julio ni a nadie. Excepto a usted, y sé que sufre.

Ella alzó la mirada y se encontró con los ojos brillantes de Max. Tuvo miedo. ¡Oh, sí! Si continuaba un minuto más en sus brazos, se dejaría besar y besaría, y no podía. No, no podía.

—No, Max —casi gritó, ladeando la cabeza y huyendo del contacto de sus labios, que la buscaban.

—Maril..., no puedo más.

—Nos despreciaríamos después. Suélteme.

—La amo. La amo como un loco. No me pida que la suelte.

—Max...

El trataba de atraerla, pero Maril echó el cuerpo hacia atrás.

—Maril..., un solo beso. Por caridad.

—No me pida... No me pida... ¡Oh, Max!

—Usted... —susurró él, muy bajo— me ama.

—Suelta, Max.

Forcejeó y quedó erguida ante él.

—Respetémonos mutuamente.

—Usted —repitió él, como deslumbrado— me ama. Maril huyó como si la persiguiera el mismo demonio.

## XI

No salió de su alcoba en dos días, ni él subió a verla. Era Susan la que le servía las comidas y le refería lo ocurrido en la finca.

No había vuelto a nevar, y si bien una gruesa capa de hielo protegía las montañas, de nieve, éstas se derrumbaban en amenazadores aludes, interceptando los caminos y privando a los hombres de Max de trabajar en aquellas partes heladas.

—Si seguimos así —le dijo Susan a Maril aquella tarde, cuando le subió la merienda—, pronto podrá reunirse con su esposo. Según oí decir a los muchachos, el señor Howad pidió voluntarios esta mañana para escalar la montaña en cuya cima se halla su marido.

—¿Van... a buscarle?

—Eso parece, señora. La ascensión ya no es tan peligrosa como hace una semana. Además, el parte meteorológico dice que no volverá a nevar. Lo oí yo misma, ¿sabe? El señor lo oía en la salita, y yo le servía la merienda.

Maril no contestó. Miraba al frente con hipnotismo y reflexionaba. ¿Qué iba a ocurrir? Ella..., ella no amaba a Julio. No volvería a amarlo jamás. Y lo peor de todo era que no sabía en qué instante había dejado de amarlo.

Susan, ajena a sus pensamientos, continuó:

—No sé qué le pasa al señor.

Maril detuvo sus pensamientos y, doblegando su sobresalto, con un hilo de voz, preguntó:

—Pues..., ¿qué le ocurre?

—El siempre fue un hombre dicharachero y feliz. Recuerdo que antes de desencadenarse este temporal de nieve, el señor reía por todo, bromeaba y hacía la corte a las criadas guapas.

—Ahora..., ¿no?

Susan esbozó una triste sonrisa.

—Ahora parece siempre muy lejos de todo. Sam decía el otro día que tan pronto regresara el señor Torralba, se iría a Boston.

—¿El?

—No, no. El señor Howad.

—¡Ah!

—¿No baja la señora a cenar?

—Sí, sí. Creo que lo haré.

Susan recogió el servicio, y empujó la mesa de ruedas.

—Tenemos un estofado de cordero sabrosísimo —anunció Susan, ya en el

umbral—. El último lechal que quedaba, señora. Esta tempestad nos ha dejado pelados. Tendremos que reponerlo todo, una vez queden expeditos los caminos.

Desapareció, cerrando tras de sí, dejando a Maril sentada en el borde de la cama, como si le propinaran una paliza y magullaran todos sus miembros.

Aquel episodio concluía. Y había sido para ella una dura experiencia de tres semanas... Horrorizada, se preguntó cómo era posible que una mujer como ella, que había amado durante siete años a un hombre, en tres semanas no sólo dejara de amarlo, sino que, además, amara a otro diametralmente opuesto a Julio. Tapóse el rostro con las manos y quedó inmóvil, rígida, como si de pronto la vida escapase de su cuerpo y la aniquilara.

Tendría que doblegar sus sentimientos y esperar, y cuando Julio y ella se enfrentaran... ¿Qué iba a ocurrir? ¿Cómo podría reaccionar ella, que tan ilusionada había salido de España, y de pronto...?

Una llamada en la puerta detuvo sus pensamientos. Se puso en pie con presteza, y con la misma rapidez se dirigió a la puerta. La abrió con mano temblorosa.

Mon, el criado, la miraba suavemente.

—Señora —dijo—. El señor le ruega que baje, o si puede subir él.

—Bajo yo.

Mon giró sobre sus talones y Maril dejó la puerta abierta. Desaparecía la luz del día y hubo de encender la luz eléctrica para buscar una chaqueta.

Bajó muy despacio las escalinatas. Recordando lo ocurrido, le temblaban las piernas y el corazón le golpeaba para apartarlo de sí, para acallar el ansia de su amor, pero no estaba segura de poder contener su ansiedad en aquel instante. Aspiró con fuerza el aire de la noche, al llegar al vestíbulo. Necesitaba fuerzas y aquel suspiro pareció inundarla de valor.

Pisó con firmeza las brillantes baldosas del vestíbulo y se dirigió al salón, donde sabía que podía encontrarlo.

Había adquirido de nuevo su personalidad callada, suave, moralizadora, y llena, en el fondo, de un entero valor.

\* \* \*

Max se hallaba de pie ante el ventanal, y su alta figura vestida con jersey, pantalones de montar y altas polainas, se recortaba en la penumbra. La pipa, quieta en la boca, se movió al sentirla llegar. Dio la vuelta, y la miró. En sus ojos pardos, de un brillo cegador, había como un tenue mensaje, una callada renuncia.

—¿Me... me llamaba, Max?

—Pase, Maril, y tome asiento.

—No..., no estoy cansada.

—Hemos de hablar. Estamos incómodos de pie.

Se sentó en silencio, y él lo hizo a su lado. Durante unos momentos estuvo silencioso y reflexivo, con las manos apretadas entre las rodillas. De pronto, quitó la pipa de la boca y alzó los ojos. Encontró los femeninos fijos, interrogantes, en los suyos.

—Maril, ante todo, deseo... pedirle perdón por lo ocurrido anteanoche.

La joven movió la mano en el aire y susurró:

—Ya... lo olvidé.

—¿Tan... pronto?

—Max..., si era para hablarme de eso...

—No.

—¡Ah!

—Maril —volvió a decir, como si acariciara aquel nombre con sus labios—. Esto toca a su fin. Mañana al amanecer saldrá un equipo de salvamento en dirección al refugio, suponiendo que antes no llegue... su marido.

Maril se estremeció. Tres meses antes, la palabra marido llenaba todo su corazón de ansiedad. Ahora... le infundía temor. Cerró los ojos con fuerza, y al abrirlos nuevamente, se encontró con la mirada quieta e interrogante, fija en la suya.

—Maril..., tal vez no volvamos a vemos.

—La vida es larga —susurró, con tenue acento, esquivando su mirada—. Y a veces el mundo es muy pequeño.

—La llevaré siempre en mi corazón, Maril.

—Cállese...

—Yo nunca creí que el amor de una mujer significara tanto para un hombre que, como yo, se mofó siempre de su existencia.

—Amará... otra vez.

—Como a usted, jamás. He tardado mucho en amar, señora, pero será difícil olvidar.

—La vida... reserva muchas sorpresas.

—El solo pensamiento de que usted está en brazos de otro hombre...

—Por favor, Max...

—Y usted... renuncia, como yo. ¿Verdad, Maril?

Se inclinaba, anhelante, hacia ella. La muchacha huyó de su ferviente

mirada.

—Maril...

—No, no, Max.

—Me ama usted.

—Cállese —se puso en pie, le dio la espalda—. Por lo que más quiera, Max...

—No quiero ofenderla —dijo, calladamente—. Pero..., ¿por qué no olvida todo y me sigue? La adoraré mientras viva.

—¡Cállese!

—Perdone.

Ella se volvió. La dulzura de sus ojos estremeció a Max, que, puesto en pie, la dominaba con su estatura.

—Renunciar a usted —dijo— será como renunciar a la vida.

Maril no respondió. Ella sabía lo que costaba renunciar.

—Pasarán años —dijo de nuevo— y siglos, y habré muerto, y si en la otra vida se puede amar, pensaré en usted. Ha llenado usted mi vida, señora. Poseerla un instante o un día —añadió, con voz ronca— no me causaría placer, porque llevaría en los labios la miel de una pasión demasiado breve. Tendría que ser para toda la vida, o no ser nunca.

—¿Qué puedo decirle, Max? —exclamó, quedando frente a él, con el pecho jadeante—. ¿Se da cuenta? ¿Qué puedo decirle? ¿Cómo consolarle?

—Sí...

—No puedo. No puedo ni mirarle.

Max dijo bajísimo:

—Es lo que siento. Que, además de torturarme yo, la haya torturado a usted.

—Déjeme... sola.

—Escuche, Maril.

—¡Déjeme!

De súbito, él dio un paso hacia delante y la prendió por los hombros. Maril se estremeció como si la agitara un huracán.

—Maril...

Estaba de espaldas a él, y cerró los ojos con fuerza, como si al cerrar éstos, la proximidad de él huyera. Pero la voz queda sonaba acariciadora en sus oídos y le causaba placer y a la vez temor.

—Maril...

Y sus dedos, los de Max, lastimaban en sus hombros.

—Suélteme —pidió, con un hilo de voz.

—Ya... no puedo, señora. Pídame que me mate luego, que huya, que me desprecie, que me odie... Maldígame después, pero ahora...

La volvió hacia él. Frágil y bonita, desfallecida y vencida, Maril hundió su mirada en los pardos ojos de Max.

—Voy..., voy... a besarla.

Lo deseaba con toda el alma. Y comprendió, dentro de la renuncia de aquel deseo, que no existía pecado en sus anhelos. No era su carne ni sus labios los que deseaban aquel contacto sensual, era su corazón que exigía un consuelo a su dolor amoroso. Era su alma, que lloraba calladamente su fracaso sentimental. Era todo su ser, todo su espíritu.

—Maril...

—No —y puso su mano entre la boca de Max y la suya—. Seamos... valientes, Max.

—¡Me ama!

—No me pregunte nada —gritó ella, desgarradoramente, deteniéndose jadeante en el umbral—. ¡Oh, no, Max! No me mate de un golpe. Déjeme morir un poco a cada instante, hasta haber pagado el tributo a mi pecado...

—Maril...

—Déjeme...

Y desapareció, corriendo escalera arriba.

\* \* \*

Se hallaba derrumbada en el lecho. No lloraba. Tenía los ojos secos y la boca fuertemente apretada. Una voz dijo desde el otro lado:

—Maril.

—¡Váyase, Max!

Y quedó sentada en la cama, con los ojos desorbitados y la mirada brillante, temerosa, fija en la puerta, que temía ver abrir de un momento a otro.

—Maril —dijo la voz de Max, una voz tenue, suave, tranquilizadora—. Abra, se lo ruego. No pienso torturarla más. Soy yo quien debe sufrir; usted, no.

—Mañana me dirá...

—Mañana no estaré, Maril. Iré a la cabeza del equipo de salvamento.

Se puso en pie con presteza y atravesó la estancia. Abrió la puerta de golpe, y ambos quedaron rígidos frente a frente.

—Iré con ustedes —decidió ella, recobrando súbitamente su energía.

—Eso..., no.

—Eso, sí. No habrá nadie capaz de detenerme.

—Se lo ruego...

—Iré con ustedes. Dígame a la hora que piensan salir.

—No debe atormentarse.

—No nos engañemos más, amigo mío. El tormento de mi vida no será mayor, aunque me despeñe por los riscos de la montaña.

—Está bien. Esté lista a las cuatro de la madrugada. Llegaremos al refugio hacia las ocho de la noche. No se podrá acampar ni detenerse. Habrá que vencer al frío. Nos exponemos a los peligros de los aludes. Habrá lugares por donde no se podrá ni hablar una palabra, pues el eco de nuestras voces podría provocar un desprendimiento, y la nieve nos sepultaría.

—Iré de todos modos, Max.

—Bien —parpadearon los dos—. Quiero decirle que usted no ha pecado.

—Dejemos eso, Max.

—Dejémoslo, pero no olvide que lo llevamos clavado en nosotros como una espina venenosa. —Hizo una pausa y prosiguió, casi seguidamente—: Una vez la deje aquí, con su esposo, yo... me iré.

—A Boston.

—Sí.

—Max...

—Dígame, Maril.

—Si me olvidara, yo sería feliz.

—Entonces no será feliz nunca.

—A las cuatro, Max.

—Sí.

—Váyase.

—Sí.

Pero no se movía.

—Max...

—Sí, sí, Maril —giró en redondo. De espaldas a ella, murmuró—: Si Julio está en el refugio con otra mujer...

—¡No diga eso!

—Si está...

—¡No, Max!

—Pero si está...

Se miraron de nuevo. Maril se apoyó en el marco y susurró, desfallecida:

—Si está..., yo regresaré a España.

—¿Sola?

—Sola, sí. Como vine.

—Yo...

—No, Max.

Y bruscamente le cerró la puerta, y regresó a la cama, donde se derrumbó. Ya no podía contener por más tiempo el deseo de llorar. Lo hizo, como si en aquel instante hubiera muerto toda su familia.

## XII

Eran doce hombres, y todos iban a pie. A la cabeza de éstos caminaban Max y Maril, protegidos por gruesas ropas de abrigo y fuertes botas. No hacían falta esquís, ya que la montaña iba a ser escalada a través de los estrechos senderos que, sinuosos, ladeaban la misma hasta la cima.

Maril jamás había visto panorama semejante. Los lagos, donde el hielo se cuajaba, grueso como los cimientos de una casa, brillaban bajo la luz del amanecer. Y el verdor de los bosques apenas se apreciaba bajo el manto impoluto que los cubría y que por aquella parte se resquebrajaba.

—Si se cansa, Maril...

—No.

—La llevaré en brazos.

—Gracias, Max.

—Tendremos que comer de pie, señora.

Le gustaba que la llamara señora. Era su acento tan dulce, tan íntimo... Cerró los ojos y siguió caminando como si estuviera muy segura de sus fuerzas. No lo estaba. Llevaba caminando cinco horas. Eran las nueve de la mañana y no llegarían al refugio hasta las ocho de la noche. Tendrían que hacer noche allí y regresar al día siguiente a la misma hora. Y entonces ella..., ella... ¡Se ruborizó! Tendría que ir con su marido, y Max, aquel desconcertante y a veces cínico Max, pasaría a ser en su vida un vago recuerdo de tres semanas. No..., no podría resistirlo.

Suspiró.

Howad se inclinó hacia ella.

—¡Se cansa!...

—No, no.

—Maril... ¿Por qué no da la vuelta? Yo la llevaré y me reuniré de nuevo con mis hombres.

—He de seguir —dijo, con energía.

Hubo un silencio. De pronto, susurró él:

—La admiro mucho, Maril. La admiro además de amarla.

—Cállese.

—¿Cuántas veces me mandó callar en el transcurso de estas semanas?

—No... no lo sé. Sigamos. No podemos consentir que la fuerza se nos vaya por la boca.

—El estará allí...

—¡Max!

—Y la tomará en sus brazos.

—¡Max!

—Y no podré evitarlo. Aun si tuviera la certeza de su amor por él...

—Le ruego un poco de silencio. Por caridad.

—Lo mataré, lo mataré...

Se detuvo, jadeante, y lo miró.

—Max —dijo tan suavemente que el hombre se estremeció—. Por el amor de Dios, por el que dice sentir por mí...

—Por el que usted siente por mí...

—Cállese...

—Sólo por el que usted siente, callaré, Maril.

—Pues calle, por el amor de Dios.

—¡Silencio! —impuso una voz—. Vamos a cruzar un túnel. Podemos quedar todos sepultados por una imprudencia.

La mano de Maril, impulsiva, buscó los dedos de Max. Este la apretó cálidamente. Su voz fue como una caricia en la oscuridad del túnel.

—Valor, señora...

Una hora entera cruzando aquel angosto sendero, iluminado sólo por las linternas. Ella caminaba pegada a Max y sentía el brazo de éste rodeando protector su cintura. Pensó que sería grato recorrer la vida juntos. Recorrerla poco a poco y gozar con sus besos y apoyar la cabeza en su hombro y refugiar su felicidad en aquel ancho pecho.

Hubieron de comer sin dejar de caminar. Los termos iban, llenos de Café, de unas manos a otras, también los trozos de jamón y de galletas sin sal, el agua y el pescado seco.

Cerró la noche y la comitiva continuaba avanzando. A las ocho se divisó una luz tenue. Una voz gritó:

—Estamos llegando. Hay luz en el refugio.

—Maril...

—No..., no me diga nada, Max.

—Estamos llegando.

—Sí.

—El estará allí. —Sí.

—Maril...

—Cállese, Max.

\* \* \*

Estaban ante el refugio. Dos hombres se precipitaron hacia la puerta y la

empujaron. Cedió rápidamente. Max apretó la mano de Maril y susurró en su oído:

—Usted y yo..., los últimos. Son estos instantes los más duros de mi vida.

No respondió. Miraba hacia la puerta del refugio, por la cual habían desaparecido los dos hombres, con expresión hipnótica. De pronto, aquellos hombres salieron de nuevo. Uno de ellos se apoyó en el marco de la puerta y otro avanzó bruscamente hacia Max.

—Señor...

—¿Qué ocurre?

—Yo... creo... —miró a Maril— que la señora... no debe... entrar.

La joven dio un paso hacia delante, desprendiéndose de la mano de Max.

—¡Entraré! —decidió.

—Señora...

—¿Qué ocurre, Dick? —preguntó Max, con voz ronca.

—Señor..., ahí dentro...

Maril no le dejó concluir. Echó a correr, y, antes de que nadie pudiera detenerla, ya estaba dentro del refugio. Los hombres la siguieron.

Se detuvo, jadeante, y miró con obstinación las dos figuras que yacían en el suelo, mudas, rígidas, inmóviles, como estatuas caídas. Max, haciéndose cargo de la situación, corrió hacia ella y le puso una mano en el hombro.

—Maril...

No contestó. Seguía con los ojos fijos en el pálido rostro de Julio, y de éste se dirigieron al cuerpo de la mujer.

—Maril...

Lo miró. Una quieta expresión de patetismo se plasmaba en su semblante.

—Déjeme, Max.

—Yo...

—Ya sé que no lo sabía, pero... todos lo adivinaban —giró en redondo—. Sáqueme de aquí, por favor.

Con voz bronca, Howad ordenó:

—Improvisad una camilla, Dick; lleváoslos de aquí. —Miró de nuevo a la quieta joven. Con tenue acento, tan tierno y suave que estremeció a la muchacha, añadió—: Tiene que descansar, Maril. Le prepararé un lecho en la estancia contigua.

Se dejó llevar. Max la ayudó a sentarse en un taburete, y después abrió un armario y sacó mantas que depositó sobre un catre.

—Maril...

—No, Max —dijo, como si la voz no le perteneciera—. Ahí, no. No he pecado mortalmente jamás, y no quiero descansar en el lecho donde se cometió el pecado. Déjeme aquí, sola. Tengo..., tengo que pensar.

—Yo... tal vez pueda explicarle...

—No —cortó—. No quiero saber nada. Julio está muerto. Ella, la mujer..., también está muerta. ¿De amargura? Antes habían pecado. Antes... él estaba vivo y olvidó que yo... llegaba, que era su mujer, que esta tierra era hostil para mí...

—Querida...

—Váyase. Déjeme sola.

Max fue retrocediendo lentamente y salió de aquella pequeña pieza donde quedaba humillada la mujer que amaba.

No acudió a su lado en el resto de la noche. Con ayuda de sus hombres, que trabajaban silenciosos, dispuso una camilla y organizó el descenso. A las dos de la madrugada, Maril recortó su frágil figura en la puerta.

—Max —dijo, vagamente—. ¿No podemos continuar la marcha?

—Sí.

Y fue hacia ella.

—Quiero..., quiero —dijo Maril, con un hilo de voz— acabar cuanto antes con todo esto.

El descenso se llevó a cabo media hora después. Cuatro hombres transportaban las angarillas, los otros iluminaban los senderos con antorchas y linternas. Max llevaba a Maril sujeta por la cintura y respetaba su silencio. En ningún momento le habló de amor durante el camino de regreso. Llegaron a casa al amanecer del día siguiente, y la joven se dejó caer en la primera escalera de la entrada y quedó allí como muerta.

—Maril...

—No puedo más —susurró—. Creí que... que era más fuerte.

—La llevaré a su cuarto.

Ni siquiera tuvo fuerzas para negarse.

—Susan —gritó Max, avanzando con su preciosa carga—. Prepara el lecho de la señora.

\* \* \*

Durmió doce horas seguidas, y cuando despertó y saltó del lecho, Susan apareció en la puerta.

—Susan..., he dormido mucho.

—Sí. La dejamos dormir. El señor lo ordenó así. Ya..., ya me he enterado

de...

—Sí —atajó.

—Los han enterrado...

—No quiero saber nada.

—Lo... comprendo.

La cocinera sonrió tristemente.

—¿Tiene apetito la señora?

—Mucho.

—El señor espera...

—Dile..., dile... que bajaré al instante.

Se cerró la puerta detrás de Susan, y Maril se quedó en medio de la estancia, mirando de frente, pero no veía. Sólo veía en aquel instante algo que ocurría en su interior. Algo grande, extraño, que, como una oleada de calor, le infundía un ansia nueva. ¡Julio! ¿Qué podía hacer ella? ¿Llorar? No. Reír. Y una tenue sonrisa curvó el dibujo suave de su boca. Julio había tendido su merecido. ¿Ella? ¿Qué iba a hacer ella?

—Maril —llamó una voz desde el otro lado de la puerta.

—Max...

—El cielo...

—Sí, el cielo, Max.

—El cielo —dijo él, calladamente—, que presencié nuestra renuncia.

Ya estaba dentro de la alcoba, y sus pardos ojos, cegadores, contemplaban a la muchacha como algo suyo, que iba a poseer porque le pertenecía, porque nadie iba a poder quitárselo.

—Maril, señora...

—Me gusta..., me gusta —tartamudeó, ya apretada en sus brazos— que... que... me llames señora.

¡Los besos de Max! ¡Qué besos los de Max! Eran como llamas encendidas en su boca, como brasas rojas que entraban por su boca y se apoderaban de cuanto existía en su ser.

—Maril, señora...

La besaba al hablar, y Maril creyó que el mundo iba a escapar de sus pies, y que Max la transportaba por un mundo diferente que no había conocido hasta entonces.

—Max..., tú no sabes...

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes?

—¡Oh, sí! Me has amado en seguida. Tanto como yo a ti.

—Max...

Se colgaba de su cuello.

—Nos casaremos aquí, en Manitoba, y luego... nos iremos a Boston y olvidaremos esta tortura pasada, y seremos uno para el otro, todos los días...

\* \* \*

El avión había tomado tierra. Y ellos estaban ya en un hotel de Boston.

—Tu familia.

—¡Oh, no! Eso luego, dentro de una semana, o un mes, o un año. Ahora eres mía, y quiero sentirte dentro de mí y ahogarme de placer en tus besos, y después, cuando tengamos tiempo, iremos a visitar a los míos.

La poseía con ardor. Y Maril sintió en sus venas aquel dulzón sabor del amor, del amor que no conoció hasta tener a Max junto a sí.

La vida era bella, y su marido, aquel hombre que la besaba, estaba allí, diciendo palabras estremecedoras, susurrando aquel «señora» que era como una eterna caricia.

Era bonita aquella habitación. Ella no la olvidaría jamás y Max tampoco... Era todo muy íntimo, y muy suave y muy temperamental, como ellos, que perdían la medida del tiempo y de las cosas.

\* \* \*

—¿Qué es, Pedro?

—Un telegrama.

La esposa estaba ya junto a él. Pedro, el tío de Maril, abrió el telegrama y alzó, sorprendido, los ojos.

—Diantre, escucha, Esther. Te lo voy a leer. Es de nuestra sobrina.

—Lee, lee...

—Dice así: «Falleció Julio. Me casé con su socio. Teníais razón. Soy muy feliz. Besos. *Maril y Max.*»

FIN

*¿Es éste mi marido?*

Corín Tellado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Corín Tellado, 1963

Calle del Marqués de San Esteban, 4

33206 Gijón

[www.corintellado.com](http://www.corintellado.com)

[comercial@corintellado.com](mailto:comercial@corintellado.com)

© Ediciones CT, 2017

Avda. Diagonal, 662

08034 Barcelona

Edición digital distribuida por Editorial Planeta, S.A.

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-9162-028-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

## **Table of Contents**

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Créditos](#)